

ATAHUALPA YUPANQUI

“EL CRIOLLO - VASCO DE LA TIERRA ARGENTINA”

Sergio Miguel Recarte



*“Si tu no crees en tu pueblo
Si no amas ni esperas, ni sufres
ni gozas con tu pueblo
No alcanzarás a traducirlo
nunca”.*

A mi padre: entusiasta lector y en vida, ferroviario.

EL COMIENZO

Héctor Roberto Chavero Haran nació argentino el 31 de enero de 1908. Su madre vasca lo parió en el paraje bonaerense de Campo Cruz, partido de Pergamino en la provincia de Buenos Aires. A su padre empleado ferroviario le corría sangre india de varias generaciones por sus venas. “*Soy hijo de criollo y vasco, llevo en mi sangre el silencio del mestizo y la tenacidad del vasco*”.

Esta mezcla de caracteres e idiosincrasia templaron con sólida energía a una de las voces poéticas más noble de Argentina. Sus coplas, con la sencillez y la hondura de la tierra, son el “viento cantor” de un folclore nativo que lamentablemente va camino a morir. Don “Ata”, como cariñosamente se los recuerda, expresó como ningún otro el secreto de la montaña, el espacio infinito de la pampa, la selva impenetrable del norte chaqueño, los ríos potentes y los arroyos de humildad callada. Pero sobre todo, el artista trovador dio vida y sentimiento a la pena del pueblo olvidado, al abandono del hombre, al sufrimiento de miserias cargadas de siglos.

Con este destino por camino, y tan solo acompañado de una guitarra fiel, con la inquebrantable honestidad de unos sentimientos que encerraban las enseñanzas del hombre de campo, don “Ata” supo traducir sus añosas rebeldías oculta bajo la más triste resignación, hasta el canto del poeta, elevado y popular. Para lograr, de este modo mágico, devolver la dignidad y la esperanza a los que no tienen voz.

Con este misterioso hechizo que se hizo universal, Héctor Roberto fue conocido, no ya como Chavero Haran, sino como Atahualpa Yupanqui. Atahualpa “*tierra que anda*”, así llamado el último emperador del Impero Inca muerto en esclavitud por invasores blanco en 1533. Y Yupanqui, “*el que cuenta, el que narra*”, nombre que se le otorgó a unos de los Incas que introdujo entre sus vasallos concursos de quena y otras manifestaciones artísticas gratas a su pueblo.

Atahualpa Yupanqui un nombre ya imborrable que suena austeramente grave y granítico, como las piedras de la fortaleza de Sacsahuamán, en la cercanía del Cuzco, esa ciudad ombligo de la tierra venerada por los hombres, y tan amada por Inti, “*el Sol*”, como lo expresa las palabras de Fernando Boasso, en su libro “Atahualpa Yupanqui: Tierra que anda, historia de un trovador”.

Atahualpa para cantar, para entonar con la firmeza de su sangre criolla y vasca y decir;

*“El alma escucha dormida
guitarras en las alamedas
Quiero morirme cantando
Mi destino de cantor*

*Quiero dormirme pensando
Que voy andando y andando
Y haciendo un mundo mejor...”*



*Paisaje de la Pampa
Argentina*

Don “Ata”, transformado en camino, en algarrobo y soledad. Aquel que volvía realidad la vieja conseja

quichua: “Runa Allpacamaska” (el hombre es tierra que anda) y que trató de pintar en versos sencillos pero de una gran hondura poética el alma criolla.

Atahualpa nunca se definió como poeta, y eso que en sus versos, la poesía es vida y pureza nativa.

“...Yo no soy poeta. Eso no va conmigo. Yo soy verseador, coplero, payador. La poesía es otro asunto. Yo no elaboro lo que digo. No sé elaborar. Hago coplas por una necesidad de adentro ..y salen. Siempre canto lo que más conozco: el paisaje humano del paisano. Yo también soy campesino. Me entiendo mejor con el hombre de campo que con el de la ciudad...El hombre de campo habla menos y está más cerca de la verdad. Yo tenía un abuelo santiagueño que decía “Nosotros hablamos poco porque las verdades no abundan”.

El carácter indio, esclavo del silencio para mejor interpretar la vida natural, su entorno donde vive, y el carácter vasco, herencia de su madre vasca donde se encarna la tendencia visible a la discreción, a la reserva y al ensimismamiento, virtudes de un pueblo antiguo y digno.

“A mi me manda en la vida, mi tierra, mi gente, mis abuelos y los abuelos más lejanos, que me andan galopando por la sangre y me marcan el camino”. (Revista Gente, año 1971)

Reconocimiento que el artista supo traslucir en esos maravillosos versos del “El Payador Perseguido”

“Eso lo llevo en la sangre

Desde mi tatarabuelo

Gente de pata en el suelo

Fueron mis antepasados.

Criollos de cuatros provincias

Con indios misturaos”

“Extraordinaria simbiosis de sangre criolla; argentina y vasca. Un producto nacional del cual nosotros somos también exponentes” en palabras de Mikel Ezkerro, (Área de Cultura de FEVA (Federación de Entidades Vasco Argentina).

Gauchos que supieron apreciar el trabajo rudo y el esfuerzo de esos vascos tenaces. Caracteres similares, amando la vida del campo, la soledad de la infinita pampa. Tantos unos como los otros se mimetizan en el entorno natural, “ven” mil detalles que seguramente se le escapan a la mayoría. Comprometidos en expresar a la tierra, a la vida, a las esperanzas mediante versos que salen del alma.

“Vascos y gauchos son profundamente apegados a sus tradiciones, normalmente orales y con cierta sacralización de las leyendas sobre sus antepasados”. De este modo lo explica el escritor e investigador Alberto Sarramone en su libro “Los abuelos vascos en el Río de la Plata”.

El hogar de la familia de los Chaveros fue en todo momento humilde y siempre dentro del ámbito rural. Pero a Héctor no le molestaba esa precariedad económica, “Por suerte no había lugar para los excesos” como solía recordar. Bastaba los libros de su padres y sus caballos. “Éramos pobres con libros” como solía comentar Atahualpa. “En casa se leía mucho, se leía incluso a la Iliada de Homero, mi abuelo leía a Homero. Por eso yo me llamo Héctor y mi padre Demetrio, son personajes de la Iliada ...”

Le encantaba la lectura y leía cuanto podía. La música, el paisaje se conjugaba con la literatura, que más tarde se confundirá en un cuerpo en su canto (“Tierra que anda ...”). Y en esa planicie infinita transcurrió, entre asombros y revelaciones, generosamente otorgada

por la vida rural, simple y natural, la niñez de Héctor Chavero, y con el asombro del día a día sobre el maravilloso mundo musical que emanaba del primitivo y genuino arte de sus habitantes.

Su padre, según lo contaba su hijo, era un santiagueño con sangre quechua. Yupanqui dijo una vez: “Nací en aquellos pagos del Pergamino, para sumarme a la parentela de los Chaveros del lejano Loreto santiagueño, de Villa Mercedes en San Luis, de la ruinoso capilla serrana de Alta Gracia, en Córdoba, de Pehuajó y de Trenque Lauquén.

Me galopan en la sangre trescientos años de América, desde que don Diego Abad Martín Chavero llegó para abatir quebrachos y algarrobos y hacer puertas y columnas para iglesias y capillas”.

De su madre nos cuenta en su autobiografía “El canto del viento” que se llamaba Higinia Carmen Haran y “había nacido en Guipúzcoa, en el País Vasco”. Con sentido orgullo narra en su autobiografía, “El canto del viento” que “vengo de Regino Haran, de Gupúzcoa, quién se planta en medio de la pampa, levanta su casona, y acerca a su vida a los Guevara, a los Collazo, gente “muy de antes” ...”



Aldea de Gipuzkoa

Su infancia crece en el horizonte abierto poblado de balidos y relinchos. De su tata (padre) escuchaba en las últimas horas de los domingos el tañido de su humilde guitarra, entre un bosque de vidalás que le traían lejanos recuerdos de su solar santiagueño.

Don José Demetrio Chavero era bueno con la guitarra. Peón de campo, vio la oportunidad de engancharse como empleado en el Ferrocarril Central Argentino llegando a aprender los secretos del sistema de transmisión del código Morse, transmitiéndole esos conocimientos a su hijo Héctor. Cuenta Yupanqui “que el hombre llegó a tener tres caballos y tres cajones de libros, era todo su fortuna”

La madre era una vasca de carácter fuerte y seria. “Religiosa hasta los tuétanos”, manifestaba con ternura Atahualpa. Sobre aquella base de austeridad y seria religiosidad se edificó esta familia criolla-vasca, siempre bajo los rectos consejos de doña Higinia: “El que paga sus deudas se enriquece”. Fueron tres hermanos: Carmen, la mayor nació en 1905 en la provincia de La Pampa, Alberto, el menor en el año 1911.

Héctor recordaba así a sus hermanos: “Carmen se afincó en la Pampa, ahí nació, ahí vivió y ahí murió. Mi hermana, cuando ya había cruzado los ochentas largamente, todavía no tenía ni una cana. Alberto, mi otro hermano, era alto, de casi dos metros de altura, flaco y con la misma manera de mirar y de caminar que mi tata”. (Suplemento Espectáculo. Diario Clarín, año 1992).

Atahualpa se recordaba como un chico introvertido, tímido y solitario. En el carácter se parecía a su madre, que como buena vasca poseía una fuerte energía, “suavizada por una tierna sonrisa”, como la mentaba su hijo. “Una mujer tímida y reservada, de constante silencio y frecuente ensimismamiento. ... y terca como una mula”.

Su origen vasco era frecuentemente resaltado e incluso recalcaba que su apellido paterno era oriundo de los territorios del País Vasco, “Chavero también es vasco, llegó a escribirse Xabero, con x hasta el año 1860, como Ximena, como Xavier. Provenían los Chaveros de Pamplona. Mi abuelo se llamaba Bernardino, era un vasco que habla quichua...” E incluso entraba en explicaciones sobre el significado de su apellido materno “....Aran en idioma vasco significa valle ...”.

En lo físico llevaba la marca de los Chavero, el origen indígena hasta para dormir “No puedo jamás dormir bien acostado. Necesito cuatros almohadones. Prácticamente duermo sentado. Eso es algo ancestral, atávico. El indio, por si muere en el sueño, si se pasa para el otro lado, para poder entrar en la tinaja, donde se los enterraban tiene que estar sentado, porque si no tienen que quebrarlo para que entre en el hueco. Esto me pasa desde que nací”, contó en una ocasión.

Su primeros años de vida se nutre en todo momento de los cuentos de paisanos, de los “sucedidos” y de los fogones encendidos en las noches pobladas de estrellas cuando la hacienda encerrada en los corrales de la estación ferroviaria espera el embarque y los arrieros entre mates y mates hablaban de duelos, cuchillos y ponchos que “paraban” la cuchillada mortal. (“Tierra que anda ...”). Pero sobre todo, Héctor Chavero se va alimentando de la música gauchesca, “compases de guitarras castigas de galopes en travesías entre vientos, arena y lluvia” como le gustaba decir a Atahualpa.

Eran estilos de serenos compases lo que tocaban aquellas gentes. De un claro nostálgicos discurso en el que cabían todas las palabras que inspiran la llanura infinita, su trebolar, su monte, el solitario ombú, el galope de los potroslas cosas del amor ausentes. Eran milongas pausadas, en el tono de do mayor o mi menorpara narrar los sucesos de la pampa. Así, de este modo fui penetrando en el canto de esa llanura, gracias a esos paisanos anónimos”, recuerda el artista en “El canto del viento”

*“Hasta donde conozco soy un ser sin marinos.
Gentes sin pasos largos ni fronteras vencidas.
Manos que aprisionaron un sueño campesino
De melgas y picanas y relinchos y bridas” (El andar)*

LA GUITARRA, SU VIDA

Su madre le observa inclinaciones hacia la música y de muy corta edad lo manda a casa del sacerdote catalán, padre Rosaenz, para estudiar violín. Pero tiene un problema. Era zurdo, entonces al violín que le consiguen le tienen que cambiar las cuerdas. De este modo toma las primeras lecciones de música clásica.

Cuando el cura violinista lo sorprende intentando interpretar una vidalita, es duramente reprendido y a partir de ahí se acaban las clases de violín. Pero su vocación hacia la música no termina. Está la guitarra de su padre y cuando puede toma el instrumento y se anima con algunos tímidos acordes. Al padre eso no le gusta. Algunas veces recordaba Yupanqui.

“Siempre que podía me ordenaba mi padre dejar el instrumento y después, con los años, supe las razones. En aquellos tiempos era la guitarra sinónimo de boliche cerca y el “tomate otra copita ...cosas del paisanaje”.

Pero decididamente amaba la guitarra y será en su vida el único instrumento utilizado para acompañar las coplas y canciones en su larga vida de trovador. La guitarra y la voz para la denuncia de la injusticia sorda y cruel.



*“Tal vez otro habrá rodado
tanto como he rodado yo,
y le juro, créamelo,
que he visto tanta pobreza,
que yo pensé con tristeza:
Dios por aquí no pasó”.*

Una guitarra para ser compañera del canto a la libertad y a la dignidad de los hombres. “Afortunadamente, somos de una tierra donde tan alto sentimiento bulle en la sangre de los hombres”, hermosas palabras expresadas ante la periodista argentina Mona Moncalvillo (Madrid 1978).

Fue en la ciudad bonaerense de Junín donde tuvo la fortuna Héctor Chavero de encontrar al maestro Bautista Almirón. Nuevamente su madre, siempre atenta a los deseos de su hijo, la que convence al padre para enviarlo a estudiar.

Yupanqui recordaría aquel momento cuando el padre le dice “Así que usted quiere estudiar la guitarra”. Ante el entusiasmo del hijo lo envía con el negro Almirón, “que vivía en Junín, a 18 kilómetros de Roca. Pero era el maestro tan pobre como nosotros. Así que tuvieron que llegar a un acuerdo. Para achicar las bocas para comer, Almirón, que tenía muchos hijos a mantener, le envía a casa de mis padres dos hijas pequeñas a cambio de mi estadía en su casa. Me daba las lecciones y le cuidaba los rosales. Me convertí con siete años en jardinero”.

El nuevo maestro le marcó los primeros pasos mediante el estudio y el conocimiento de los grandes exponentes de la “guitarra clásica”, pero su inclinación rumbeaba para el lado de la música de nuestra tierra, como lo comprobó rápidamente Almirón.

“Toda la vida escuché y sentí eso. El aire me lo traía. De noche escuchaba a alguien que silbaba mientras desensillaba el caballo al terminar el día, y esos aires musicales, de la tierra me trabajaba muy adentro”.

Fue con Bautista Almirón, maestro y criollo, parco en palabras, que Héctor Chavero aprendió a tomar el instrumento con “la actitud física de ahuecarse uno para que entre en la

guitarra. Sentir el latido de la guitarra en el corazón de uno”. Modalidad de tocar que fue una característica a lo largo de su vida.

De esta forma describía al artista el periodista German Arciniega: “Entraba al escenario con ese aire cansino con su guitarra vieja y se colocaba en la silla al centro, como si estuviera sólo en su casa. Dando un golpecito a la caja del instrumento, como imponiendo silencio, la abrazaba siendo de este modo, guitarra y artista un solo cuerpo. Cantaba la canción y era el delirio”. (Diario La Nación, año 1992)

*“Yo camino por el mundo.
Soy pobre. No tengo nada.
Sólo un corazón templado
Y una pasión: la guitarra.”*. (Para rezar en la noche).

Pasados algunos años, y trabajando en un diario de Rosario (Santa Fe), se entera del fallecimiento de su querido y siempre recordado maestro de guitarra. “Vos que sos medio guitarrero, tenés que hacer una nota; murió Baustista Almirón” le informa el director.

El dolor que siente es tan grande que llega a decir: “...me desangré en la crónica. ¡Qué selvas de guitarras enlutadas contemplaron mis ojos en la noche, hablé de su capa azul y su chambergo, de su guitarra y de su estampa de músico romántico...” (El canto del viento)

Por causa que se desconoce, en agosto de 1917, la familia Chavero parten para Tucumán. Una corta estadía de dos meses que al niño de escaso once años lo marcaría para siempre. “A la sombra de los algarrobos, las guitarras tucumanas, incansables, pausadas, endulzaban las tardes. El destino del canto era serio ...porque estaba ligado al destino del hombre”. Así evocaba Yupanqui sus días tucumanos (“El canto del viento”).

Un paisaje distinto, una geografía de montañas, cañaverales, valles y quebradas. Desde entonces se fue gestando su profundo amor por este rincón patrio.

*“Que mala será mi suerte
que sólo sabe pensar
cómo duele esta pena
tan lejos de Tucumán”* (Adiós Tucumán).

En el año 1921 ocurre la muerte de su padre. “Paso al silencio” como era habitual el decir de los paisanos de la puna. Atrás quedó su corto viaje al Tucumán, ahora la familia está nuevamente instalada en Junín. Fue en esos años, durante su pasaje por la escuela secundaria cuándo decide adoptar el nombre de Yupanqui, “el que cuenta, el que narra” en idioma quechua, la lengua granítica de los Andes. Pero ¿qué podía contar, narrarnos aún un chico de quince años?

En un reportaje de la revista “Crear”, se refiere que al morir su padre, único sostén económico tuvo, en los años posteriores, que dedicarse a múltiples oficios. “Me dediqué a muchos oficios para ganarme la vida. Fui hachero, arriero, mandadero, cargador de carbón, entregador de telegramas, oficial de escribanía, corrector de pruebas y periodista. Yo escribía lo mismo sobre un casamiento que sobre un velorio”.

LA CIUDAD GRANDE

A los 18 años, con su guitarra, una pequeña valija, algunos pesos y con los habituales sueños de esperanza hacía la generosidad de la “gran ciudad,” se marcha para Buenos Aires. Para un provincianito, la luces de la “Reina del Plata” se pueden conquistar. Pero su madre ve con preocupación la partida del hijo. Ella, aldeana vasca, criada en las tranquilidades bucólicas y rutinaria del caserío pirenaico, en donde los males y lo sordidez de la vida se sospechan que anidan en las capitales, le advierte:

“Hijo porqué irás a Buenos Aires, donde vive esa pobre gente, criada a pieza, sin árbol ni patio siquiera.”. Pero el joven Chavero hace oído sordo a los consejos y toma el tren. Un amigo le da albergue y sin demora busca trabajo. Es peón de panadería mientras hace algunas tímidas audiciones en bares, bibliotecas y escuelas.

Gracias a su experiencia como corrector de pruebas y director de un modesto periódico de Junín, consigue ser colaborador de otro, por cierto, muy modesto diario llamado “La Voz del Parque”, donde logra escribir algunos reportajes.

De sus recuerdos de Buenos Aires solía decir “Llegue a Buenos Aires justo cuando la gran pelea de Firpo-Dampsey. El diario “Crítica” organizaba la velada para escuchar la transmisión a través de altoparlantes –la pelea tuvo lugar en Estados Unidos-. Había como cuarentas minutos en los que, con otros cantores, tocábamos y cantábamos”.

Pese a sus esfuerzos por abrirse camino, una vez tuvo que empeñar su guitarra. Días de pobreza, a veces de hambre. De esa amarga experiencia queda estas coplas del “El Payador Perseguido”:

*“Buenos Aires, ciudad gringa
me tuvo muy apretao
Tuitos se me hacían a un lao
Como cu ...erpo a la jeringa”*

*Saltando de radio en radio
Anduve, figuresé.
Cuatro meses me pasé
En partidas malogradas
Nadie aseguraba nada
Y sin plata me quedé”*



Sin duda la ciudad ignoró a Yupanqui y él, seguramente, no entendió a Buenos Aires. ¿“Por qué aquellos viejos cabarets?, tanto en el centro como del suburbio eran tan aburridos y tan tristes?. No había en todo el mundo salones más brumosos ni llenos de esa movilidad patética que los que había allí. Los hombres ponían caras de tango, fumaban en silencio de tabaco, Se movían con una solemnidad de velorio y sólo quién estaba mamao armaba algún barullo grosero. Los cabarets eran la introducción de “La Cumparsita”, tañían un tono menor melancólico. Eran las salas donde aquellos inmigrantes, desarraigados, arrimaban hasta allí su soledad. (Vida de Atahualpa Yupanqui -Espacio Latino-).

En cierta ocasión y durante una entrevista realizada por la periodista de la revista “Gente”, llegó a decir: “Yo simplemente soy un campesino, hombre de campo. Me entiendo mejor con el hombre de campo que con el de la ciudad. Quizás porque el primero lo entiendo más.. El hombre de campo habla menos, y está más cerca de la verdad.

Eran tiempos duros, de honda pobreza, de falta de trabajo y la preocupación constante por conseguirlo. Además había empezado una relación sentimental con su prima María Alicia Martínez quién tenía un hijo nacido en 1923 de una pareja anterior. El niño se llamaba Juan Bautista Martínez.

El crack de Wall Street, había hecho mella en todo el mundo y la Argentina no era la excepción. La pareja deambuló por diversas pensiones y pasó innumerables penurias económicas. En una nota de la revista Viva del diario Clarín, año 2002, la hija del matrimonio, Chavero –Martínez, Lila Amancay relata una anécdota en la que describe la ajustada situación que atravesaba la familia. “De uno de los lugares donde alquilaban un cuarto, se vieron obligados a escapar sin pagar; eran realmente muy pobres. Parece que papá le pidió a mamá que acomodara las pocas pertenencias que tenían en la única valija, para abandonar el lugar cuando las primeras sombras. Pero surgió un imprevisto: el calentador a kerosene, que también servía como cocina, no cabía en la maleta, lo cual dificultaría la huida. Entonces a papá se le ocurrió la idea de mientras mamá y Juan Bautista se escapaban por el balcón, abordar al dueño de la pensión para preguntarle: ¿Sabrá usted dónde puedo cargar el depósito del calentador?. El hombre le dio la explicación pertinente y así, por la puerta y lo más campante, abandonó definitivamente esa pensión”.

El 13 de abril de 1931, estando María Alicia embarazada de siete meses, decidieron formalizar su unión; ella tenía 30 años y él 23. Dos meses después del enlace, el 26 de junio nacería, ya en Entre Ríos, su primera hija, Alma Alicia, después vinieron, Atahualpa Roberto nacido en Junín el 11 de enero de 1933 y Lila Amancay, en Buenos Aires, el 19 de abril de 1936.

El libro de Guillermo Pellegrino “Las cuerdas vivas de América” rescata en uno de sus capítulos, el periodo de la vida de Atahualpa con su primera familia. Nos cuenta “que la familia tuvo que huir de la pobreza de Buenos Aires e iniciar un nomadismo por diferentes lugares del país”.

Yupanqui llevó a su esposa –a quién le habían diagnosticado un principio de tuberculosis- a internarse en el Centro de Tuberculosis de Cosquín (Córdoba) y ante esta situación, procedió al reparto de sus hijos. A Alma la dejó al cuidado de sus primas, en Casilda (Santa Fe), a su hijo, Atahualpa, en Junín, con la abuela Higinia, y a Lila Amancay, también en Junín, en la casa de su hermana Carmen.

Nos relata Pellegrino que “a pesar de la corta estadía de internación –dos meses-, los niños permanecieron varios años en casas de parientes”. En diciembre de 1937, Atahualpa decide abandonar a su mujer. Las razones, quizás las dé su hija Lila Amancay.

“Uno puede intuir que, por esa época, los mayores intereses estaban puestos en su carrera y en su proyección como artista, pero desde luego, y al igual que ocurre con la separación de cualquier matrimonio, no es posible conocer los motivos determinantes de la ruptura, ya que solamente las saben los integrantes de cada pareja”.

Lo cierto que mi madre quedó muy dolorida, y lo siguió recordando con amor todos los días de su vida ...Fueron pocas las veces que sus hijos volvimos a verlo, y esto lo digo con enorme pena” (Revista “Viva” .Clarín, año 2002).

Los años vividos en Buenos Aires le deja, no obstante a Yupanqui, una conciencia política determinada. En un reportaje de la revista “Folklore” (diciembre de 1965), nos revela el artista que “al igual que su padre, fue “yrigoyenista”.

Y es que en aquellos tiempos el carisma hacia el líder radical aún se mantenía intacto entre los criollos. Como decía una milonga de entonces: “Qué canejo, se han pensado/ los que al gaucho no lo apoyen,/ los mismos gobiernos no oyen/ las quejas del criollismo:/ el único criollo lindo/ es don Hipólito Irigoyen”.

Yupanqui recordaba: “Yo toqué muchas veces en la peña “Andrés Ferreira” que fundaron algunos amigos radicales. Pero no cobraba nada ...era por solidaridad política. El escritor y jesuita Fernando Boasso afirma: “En esa peña, naturalmente, la música era un pretexto para acaloradas discusiones políticas, urdiendo conspiraciones contra el régimen militar de Uriburu y luego de Justo”.

Las fuerzas conservadoras del país habían tomado el gobierno, según sus razones, para “poner fin a la corrupta clase política que había permitido que los destinos de la Nación estuvieran en manos de analfabetos”. Lo cierto es que las ideas fascistas y el autoritarismo habían iniciado un largo período de pretorianismo militar con el golpe de estado de 1930. En sus declaraciones al diario “La Razón”, Uriburu llega a decir: “Los pueblos no aprenden fácilmente, pero las lecciones que le tocan en carne propia no las olvidan”. “Historia de la Argentina”.

Las coplas de Yupanqui delatan esa rebeldía popular frente a las dictaduras:

*“Yo se que muchos dirán
que peco de atrevimiento
si largo mi pensamiento
pal rumbo que ya elegí
pero siempre he sido así
galopador contra el viento”* (El Payador Perseguido)

EL LLAMADO DE LA TIERRA

Atahualpa Yupanqui toma la decisión de abandonar Buenos Aires y retornar “a tierra dentro”. A la tierra que enseña, a los rumores de la noche pampeana, a las voces secretas de los campesinos, a los olores de los ambientes cerriles. “Hacerme viento y libertad” como se expresó el artista. Atrás deja sus dos primeras composiciones; “Caminito del indio” y “Nostalgias Tucumanas”. Por cierto, ambas composiciones son creaciones motivadas por la estadía en Tucumán durante su niñez.

“Caminito” es en recuerdo del “viejo” Anselmo, al que llamábamos el Indio, amo de un exiguo paraje donde los niños les hurtábamos las naranjas. Un sendero que daba vuelta entre los naranjales le dió el título a la canción (“El canto del viento”). “Nostalgias Tucumanas tiene el mismo derrotero, el cariño y el afecto de Yupanqui tenía por esa provincia que según él “le brindó una amistad de mas de 20 años”.

Su rumbo es hacia Entre Ríos. “Ata” recuerda esa etapa de su vida: “Sin calendario, con la sola brújula del corazón, me topé con un ancho río, con bermejos barrancos gredosos, con restingas bravas y pequeñas barcas azules. Más allá, las islas, los sauces, los aromos refugios de matrereros y serpientes, solar de haciendas chúcaras...” (“El canto del viento”).

En Entre Ríos se encuentra con gente hospitalaria y discreta que le ayuda a debatirse en la precariedad económica. Recordaba Atahualpa, “Allí las guitarras bullían en milongas floridas, en cifras y estilos, en chamamés y chamarritas”. Le regalaron un caballo y fue maestro de escuela, y fundador de un diario “La voz del Tala” en Rosario del Tala, al sur de la provincia de Entre Río.

En “Atahualpa Yupanqui: Tierra que anda, historia de un trovador” se cuenta su pasaje por tierras entrerrianas; “La emoción del trato con aquella noble gente entrerriana y el paisaje de aquellas cuchillas con el fabuloso tajo vivo del río Paraná se llenaron su alma. El reconocimiento de Yupanqui por ese afecto trasunta en su obra, con honda emoción y auténtico ritmo del milonguear entrerriano”.

El artista queda prendado del misterio de los montes emponchados de las nieblas en las mañanas y llega a evocar desde su estadía en Europa, con profunda nostalgias “...el galope de mi caballo sobre el suelos polvorientos ...oigo en mi memoria el típico grito del gaucho en el fondo del monte, y lo siento a mi poncho como si me abrazara, con el abrazo pesado de prenda mojada; como si de nuevo anduviera aprendiendo vida en ese mundo sagrado y agreste, misterioso y sin olvido, de la selva entrerriana...”

Fruto de estos sentimientos es la canción “Sin caballo y en Montiel” que compondrá luego de 33 años de ausencia cuando pisaba nuevamente suelo de Entre Ríos.

*“Pase de largo por Tala
detenerme para que
De poco vale un paisano
sin caballo y en Montiel “*

.....

*En la orilla montielera
Tuve un rancho una vez,
Lo habrá volteado el olvido,
Será tapera no sé.*

*En la orilla montielera
Tuve un rancho alguna vez,
Por eso paso de largo
De poco vale un paisano
Sin caballo y en Montiel”.*

Con relación a esta milonga; “Sin caballo y en Montiel” nos dice Juan Carlos Chebez y Eduardo Herne en su artículo “La selva de Montiel” publicado en la revista, “Todo es Historia”, nº 334, “... algunos asuntos lo habían llevado hasta Montiel (paraje poblado de espesos montes, de leyendas y tradiciones, ubicado al norte de la Entre Ríos). Busca don “Ata” conocer prototipos humanos de aquel paisaje montaraz, surcado de ríos, todavía agreste. Para deducirlo basta releer su obra autobiográfica “El canto del viento”, y descubriremos que tres capítulos los dedica a Entre Ríos y a su gente, además de sus dos temas musicales: “Mi lindo pago entrerriano” y “Sin caballo y en Montiel”...”

Hipólito Irigoyen



Para Yupanqui su paso por Entre Ríos tiene una breve aventura revolucionaria. A fines del año 1933 se gesta en esa provincia un levantamiento revolucionario, que se suponía vinculados con otros movimientos similares que estallarían al mismo tiempo en otras provincias. Se intenta la vuelta del líder del partido radical, Hipólito Irigoyen.

Gobernaba el país el militar Agustín Pedro Justo, quién había sustituido a Uriburu. Era los tiempos de la llamada “Década Infame” y la decepción embargaba al grueso de la población argentina.

Nos cuenta Fernando Boasso en “Tierra que anda ...”; El día y la hora señalada se marcó en el pueblo de La Paz, frente al río Paraná. El objetivo era la toma de la comisaría local. Hay tiros y un muerto y la intentona fracasa. Se anuncia el avanzar de tropas gubernamentales. Atahualpa rápido monta un caballo y se adentra en una isla, donde permanece oculto algunos días entre las malezas. Unos amigos lo ayudan cruzar para Uruguay, y de este modo, da inicio al exilio en tierras orientales.

Al igual que Buenos Aires, Montevideo le pareció una ciudad que tenía demasiado prejuicios como para detenerse a escuchar el canto de un paisano que cuenta cosas humildes de su tierra.

En “El canto del viento” escribe; “Escucho a jóvenes cantores de hermosa voz y simpática apariencia que andan por ahí, entonando cantares de Brasil, de Argentina, de México, de Chile ...No está mal, pero también, esta mal. Es que no se han hecho amigos del viento. Es que no se han aprendido la gran lección de los “desveladores” ...y son uruguayos. Y aman su tierra. Pero la urgencia de vivir les va acortando la vida. Y han de pasar por la tierra, sin haberla traducida ..”.

Pero en la Banda Oriental del Uruguay vive un par de años, tocando y cantando en bibliotecas y escuelas, y ahí, encuentra “otro Uruguay”, el del interior, tan semejante a su propia pampa natal. Durante su paso por Uruguay se convierte en un profundo admirador de Artigas (1764-1850), héroe de su patria y bandera del más genuino federalismo. Artigas supo plantarse con firmeza frente a la prepotencia centralista del puerto de Buenos Aires. Nacido en Montevideo, posiblemente de familia proveniente de Aragón, pero de prosapia vasca, el caudillo proclama a sus seguidores; esclavos negros, indios, vendedores ambulantes, gauchos errantes u ocupantes de tierras sin títulos que “el derecho está en el

pueblo y que la Patria se debe edificar con provincias reconocidas en sus soberanías particulares”.

A sus paisanos les decía; “Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana”. Su secretario vasco, Dámaso Antonio Larrañaga lo describe en sus crónicas

“...En nada se parece a un general, su traje de paisano es sencillo ...su conversación tiene atractivo, habla quedo y pausado ...todos los rodean y todos los siguen con amor, en nada oprime al pueblo con gravosas contribuciones ...”

La figura de Artigas atrae a Atahualpa, y se confiesa; “Siempre admiré una frase de Artigas que me hubiera gustado que fuera nacida de este lado ...pero nació enfrente, en el Uruguay. Es algo que una vez digo Artigas “Con la libertad, no ofendo ni temo” ...todos los discursos tenían la inspiración de un paisano, por eso no me extraña esa hermosa frase”.

*“Libre no ofendo ni temo
le dijo un criollo oriental
palabras de hombre probado
en la guerra y en la paz”*

Hacia 1934, dictada la amnistía para los radicales que luchaban contra el gobierno de facto, Atahualpa cruza el río Uruguay y retorna a su patria.

Prueba suerte en la provincia de Santa Fe, instalándose en Garay. El director de una emisora, dispuesto a escucharlo, le presta su propia guitarra. Al oírlo, lo contrata inmediatamente. Había instituido el talento interpretativo del artista que corriendo los años, sería una gloria nacional, rebalsando largamente a nuestras fronteras.

“...Y comenzó entonces la rica trayectoria del hombre que se convertiría en la mayor referencia del folclore argentino...Atahualpa era la voz del antiguo viento de la sabiduría india. Y cantaría en los escenarios las alegrías y tristezas de la pampa ...”. De este modo lo registra en su artículo, “El alma vasca de Atahualpa Yupanqui” –Atahualpa Yupanquiren euskal gogo- escrito en lengua vasca,- el euskera- por el historiador José Mari Véllez de Mendizábal.

Como lleva en la sangre la pasión por el periodismo, se acerca a un diario que era dirigido por Manolo Rodríguez Araya y entra a trabajar para escribir artículos en torno a eventos musicales. Es ahí donde escribe la crónica memorable sobre la muerte de su entrañable amigo y maestro Bautista Almirón.

En Rosario forma dúo con Ángel Candino (entrerriano), realizando una temporada exitosa en LT1 Radio Rosario. Anteriormente graba dos discos; la zamba “Paso de los Andes” y el estilo “Mangrullando”.

El artista comienza a ser conocido en los medios musicales de época. Viaja a Buenos Aires llamado para la inauguración de Radio “El Mundo” haciendo conocer los aires musicales de la tierra. El diario “Crítica” le dedica un largo artículo: “Atahualpa Yupanqui, cumpliendo con la misión de reivindicar el folclore, ha actuado en escuelas, bibliotecas y centros culturales, en los cuales, además de explicar el origen y significado de cada interpretación, las ubica en el mapa espiritual del continente”.

Nos dejamos llevar de la mano de Fernando Boasso y nos dirá: En el año 1936, Atahualpa Yupanqui empieza a registrar para el sello RCA Víctor, numerosos cantos y danzas, tales como “La zamba del cañaval”, “La andariega”, “La arribeña”, “La churqueña”, “Tierra jujeña”, “Kaluyo de Huáscar”, “Viento, viento”, “Camino de los valles”, “Cañada honda”, “La viajera”, “La raqueña” y otros muchos trabajos más”.

El diario “Página 12” en su suplemento “Radar” publica una nota titulada “El Rescate”- año 2000-, haciendo referencia a esa etapa en la vida de Yupanqui, “Cuando promediaba, los años 40 ya el artista había hecho algunas grabaciones, la primera vez que entró a un estudio fue el 20 de julio de 1936, en una sola sesión grabó seis temas, entre ellos “Camino del indio” y “Vidala del adiós”.

Tenía ya su prestigio, pero poca plata en el bolsillo.

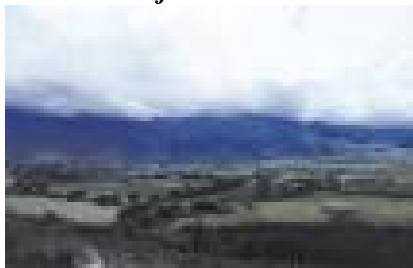
Luego de su experiencia en el litoral emprende el largo camino hacia los recónditos lugares de una Argentina olvidada por la “gran ciudad”. Una Argentina secreta y profunda. Atahualpa decide, en ese viaje maravilloso por el rédito musical que le aportara al trovador, abreviar en las fuentes musicales de un folklore que aún se mantiene puro.

Así comenzará el recorrido mas sabio y productivo para el artista sediento de saber. Trajinará leguas y leguas de cerros y quebradas, de montes y de soledades. Con el empeinado fin de arrancar de las cosas lo que las cosas verdaderamente son. Para sintetizar en su guitarra, en su silencio, todo el paisaje y la sabiduría del paisano, del indio, “de la gente olvidada”.

Conocimiento que no se aprende leyendo, sino andando “que es la mejor manera de andar”, como lo expresa Atahualpa. Un viaje en busca de raíces, de orígenes, de sensaciones. Para ver el alma profunda del pueblo. Un peregrinar que debe iniciar con voluntad de “saber para aprender”.

“Con la fuerza que me viene de lejos, del franco vivir que me aconsejaron mis abuelos vascos, desde el silencio de selva y piedra que los abuelos indios depositaron, para sagrada custodia, en esa extraña caja de resonancia que la naturaleza me ha dado por cuerpo y por espíritu. El abuelo vasco y el abuelo indio, se confabularon con el paisano de esta tierra en que nací...”

Paisaje Tucumano



El periodista Diego Fischerman dice: “Yupanqui hará del Noroeste argentino, una parte esencial de su mapa cultural.... En su vida, y en su afán por conocer, comprender y recuperar las tradiciones configuradas a partir de las mezclas culturales de esas zonas de tránsito obligado, durante la colonia, recorrió una y otra vez Jujuy, Tucumán y los Valles Calchaquíes”.

Y hacía allí partirá Atahualpa y su guitarra.

*“La Pampa me dio distancia,
el cerro su luz me dio,
la selva me puso duendes
adentro del corazón.
Pero yo no se que fuerza
de reza o de tradición
de abuelos que me conversan
con su más profunda voz.
Me arrimaron este abrazo
De cuerdas y diapason,
Y así andamos por el mundo
Siempre juntitos los dos.
Pal que anda rodando tierra
No hay aparcerero mejor ...”* (La guitarra y el canto)

En Córdoba está un corto tiempo. Una experiencia, quizás mas ciudadana que las venideras. “Una de las primeras provincias que visité fue Córdoba y conocí gente eminente en cuyo roce yo me ilustraba” (Diario “La Voz del Interior”, año 1978).

Tuvo amistad con muchas personas culturalmente influyentes en Córdoba “la docta”. Nos cuenta Fernando Boasso en su segundo libro sobre Atahualpa Yupanqui : “Allí conoció y trabó amistad con Deodoro Roca, intelectual de izquierda, persona relevante. Fue asimismo amigo de Carlos Allende, primo de aquel político de destacada actuación en varias décadas de agitada vida política argentina. Yupanqui nos cuenta que Allende, viendo una vez cómo se las arreglaba lavando envejecidas cuerdas entorchadas, le dijo: “Vos sos capaz de hacer sonar cuerdas hechas con tiras de media ...”

El itinerario de Atahualpa por el noroeste argentino es confuso de armarlo. “Es imposible reconstruir con rigor las etapas, los tiempos de Atahualpa por esos rincones patrios ..” (Jorge Ezequiel Sánchez, diario Clarín 1992).

“Son años y años de andar de aquí para allá, pasando por un pueblo u otro, deteniéndose otras veces por largo tiempo en cualquier lugar” (Félix Luna, historiador y periodista).

Sus propios testimonios eran parciales brochazos que saltaban cincuenta años atrás en el tiempo. A veces sin orden cronológico alguno. Quizá sea más apropiado para dar una visión de esta etapa errante del artista, más de 14 años por innumerables caminos, muchos de ellos solo conocido por escasos lugareños, detenernos en algunas de las muchas anécdotas que jalonan el peregrinar yupanquino. Etapa viajera que era interrumpida por esporádicas visitas a Buenos Aires.

“He vivido durante muchos años las serranías de mi Patria. He vivido largo tiempo en las hondas quebradas, en los montes, en las tierras sedientas donde el salitral ostenta sus mentirosos mares y sus falsos diamantes. He pasado temporadas entre indios, entre kollas, mestizos y paisanos ...” (“El canto del viento”).

En esa búsqueda de melodías musicales y descubrimiento del paisaje humano de la tierra, hasta fue minero. A un amigo suyo se le ocurrió buscar tesoros ocultos. “Tenía mapas que había sacado de bibliotecas recónditas y cualquier raya o símbolo era para él un indicio o señal de la existencia de un tesoro listo para ser descubierto”. Y recorrieron los más intrincado de los cerros andinos y el tesoro encontrado fueron melodías y coplas de profunda antigüedad.

En una ocasión acompañando a su amigo Cesar Mulqui, director de Aduanas de Jujuy, en un viaje a lomo de mula, en un otoño cualquiera, se topó con un “escuchado”, que siguiendo la tradición indígena del manejo de los silencios, es como un sabio de la tierra.

“El escuchado - dirá Yupanqui – es el hombre que tiene muchos silencios, que se maneja con doscientas ideas y veinte palabras. No habla más por día. Tiene espacios de silencios infinitos, cargados de cosas. Son hombres de la montaña. Son profetas, y como tienen prestigios, se atienden sus sobrias pero profundas palabras.

Un escuchado de Humahuaca decía cosas como estas: “Qué venenos tendrán las letras, señor, que todo aquel de nosotros que las aprenden se vuelve contra nosotros”

Era don Pedro, un escuchado, digno de serloque un día se “cayó del alma” como decía Neruda y se murió. O se fue “para el silencio” como dicen los indios ...” (Diario Clarín 1992).

Yupanqui para adentrarse en los más escondido parajes no escatima esfuerzo ni sacrificio. “He dormido en chozas donde la miseria abochorna todos los paisajes. He pasado las noches en las cumbres, en los valles abandonados, atando mi caballo a lazo largo y

asegurando la presilla en una espuela, dejándome una bota a medio quitar, para así despertarme al primer tirón”.

Vagó por caminos polvorientos, montado en mula o a caballo, en viajes que duraban hasta cuarenta días algunos de ellos, “con poca ropa, algunos libros, una quena y la guitarra”, al decir del artista. Siempre con la sed de aprender, en la búsqueda de encontrar y recoger “las hilachas del canto del viento”, la esencia real y auténticamente folclórica sembradas vaya a saber cuándo y por quiénes y que hombres y mujeres del pueblo recogían para volverlas a sembrar (“Tierra que anda ...”)

*“Aura nos vamos guitarra
por esos caminos de Dios
lo que el camino enseña
lo aprende mejor que yo”* (La guitarra y el canto)

“...Me quedaba ocho, diez, quince días viviendo con matrimonios kollas en La Puna, o en la Quebrada de Humahuaca, en Abrapampa ...Y durmiendo en la cocina, muchas veces abrazado a dos o tres perros. Me levantaba junto con el despertar de los dueños del ranchito y trabajaba a la par de ellos y cuando tenía tiempo, bajaba al río, dos kilómetros mas abajo para lavarme. Después de haber hecho muchos trabajos y de comer el choclo “recoldiao” en la ceniza, o el mote de habas. ¿Qué buscaba yo? Buscaba una cosa fundamental y sagrada: buscaba la vida, la buscaba dentro y fuera mío” (La Gaceta, Tucumán 1983).

Suma Paz, representante del cancionero argentino y admiradora fiel de don “Ata” comenta: “Yupanqui era un buscador de las briznas del canto de la tierra. Él iba recogiendo de la tierra esas briznas y las va juntando en una gran bolsa y pronto la bolsa se rompe un poco y cae en la tierra, y el hombre pude recogerla de nuevo y trasformarlas en canto. Yo pienso – reflexiona Suma Paz- que Atahualpa recogía esas briznas surgidas de muchos espíritus, de muchas almas de paisanos nuestros, y las juntó, y las convirtió en poesías y en música y las entregó a sus legítimos dueños, hombres parecidos e iguales a aquellos que las gestaron”. Atahualpa era conciente de su destino y compromiso con el arte de la música popular autóctona y con el pasado, tanto histórico como generacional que la nutre.

“...Mi compromiso como artista es con la música nacional, siento que tengo que honrar la tierra en que nací, pero no tanto para mi sino por los abuelos criollos, por los abuelos vascos desconocidos que me ha manejado la sangre, los que cuando una nota sale mal siento que me tocan el lomo, diciendo, ¿qué pasa por ahí? ...”

Cualquier senda que lleva al paisaje patrio de la música y los hombres es buena senda. Yupanqui se adentra en jornadas accidentadas por los mas diversos caminos. Y su deseo de saber no tiene límite.

Le comentan paisanos de Banda Florida, en La Rioja, la existencia de una inquietante laguna oculta entre las montañas cuyas olas se agitan por misteriosas corrientes submarinas que vienen de la lejanía del océano Pacífico, según las voces lugareñas. El nombre de la laguna es “la Brava” y hacía ahí va Atahualpa con el baqueano Félix Cruz, “un criollo cuarentón, morrudo, callado. Partimos con sendos mulares, llevando bestias de carga...” .Pero antes tiene el placer de conocer a don Juan Alfonso Carrizo “El folclorista catamarqueño, buscador de coplas catamarqueñas ...” (El canto del viento).

Del viaje hacia la Laguna Brava”, recuerda el artista “...Estábamos a tres mil metros, hacía frío y contemplamos una sucesión de cumbres donde parecían quebrarse maravillosos arcos iris, en una catedral de espejosPero la famosa Laguna Brava era también un

espejo quieto, dormido en la meseta andina, sin el menor oleaje ...La última noche en el refugio, junto a un débil fuego escuchábamos, el baqueano y yo, el silbo creciente del viento. Arriba –recuerda Yupanqui – una luna llena, que ya habíamos admirado, y un inmenso misterio callado, de cumbre a cumbre. Era de noche, de aquel día 25 de mayo. Fiesta patria ..y honramos el día como mejor pudimos. Nos pusimos de pie y brindamos por la patria, bebimos un aguado café en nuestro jarrón de lata ...”

De esa noche cargada de soledades, aislados bajo un manto cósmico poblado de estrellas, Atahualpa nos dice en su autobiografía “El canto del viento”: “...se me ocurrió tocar unas notas , pero no tenía la guitarra, pero tuve ingenio, recuperé una cuerda de guitarra con la que había remendado una alforja descosida, luego la até bien tensa al mango de mi rebenque. A manera de puente, le añadí una caja de fósforos”.

Con ese improvisado instrumento, Yupanqui y el baqueano Cruz festeja el día patrio.

“...Toqué unos compases del himno nacional con Cruz de pie con el sombrero en la mano, luego la Zamba de Vargas y hasta canté en voz baja algunas coplas que me salían del alma ..”.

Ariel Ramírez, destacado músico argentino, autor de la bellísima “Misa Criolla”, evoca a su amigo Atahualpa y nos cuenta lo siguiente: “Un día me fui a Tucumán, esta ciudad rodeada de montes muy altos, de árboles verdes y enormes. En Tucumán, me encontré a Yupanqui en casa de un amigo: los tres decidimos alejarnos del calor, subiendo por la montaña. Nos apeamos en un puente que cubre un arroyo. La noche era de luna Tucumana, bellísima. Estuvimos desde las 11 hasta el amanecer. Un grillito que cantaba fue seguido por la guitarra de Atahualpa ...y creo que este animalito cantaba animado por el acompañamiento ...Yupanqui compuso esa noche “Serenata para el grillo”. (“Tierra que anda ...”).



En Tucumán, Yupanqui se estableció por un cierto tiempo, el amor hacia esta región argentina fue una constante en su vida; “Tucumán la tierra de la zamba más linda del mundo” como gustaba definirla. Para afincarse y tener donde cobijarse, levanta un ranchito al lado de su amigo indio Chocobar, , “Buen indio, sabedor de sendas y lejanías...Él, Felipe Chocobar, me ayudó a levantar los horcones de mi rancho, allá, cerca de las nubes, entre cumbres raqueñas, en las que pasé una de las etapas más solitaria y hermosa de mi vida ...” (“El canto del viento”).

Yupanqui recuerda lo que le sucedió a su amigo “ ...A Chocobar se le murió su mujer y la tristeza le partió el corazón. Una mañana ensilló su zaino cola larga y partió ..se perdió sierra adentro ...el rancho de mi amigo se convirtió en tapera y yo me quedé solo ...”.

Años mas tarde, cuando en una de sus visitas a Tucumán, regresa al sitio donde una vez dos ranchos y dos amistades se habían juntado en la frondosidad de la selva, en ese entorno montaraz y solitario. Lo que encuentra es todo abandono y olvido. “Estaba parado frente a ese ranchito mío, aquel que fue rincón de lirismo, de coplas y de sueños, cuyos horcones mi amigo indio me ayudo a levantar años atrás. Tapera es hoy aquel rancho que tanto quise y que los tiempos cubrieron de pajonales, enredaderas y soledades” (“El canto del viento”).

Esos recuerdos se transformaron en una zamba de hondo calado sentimental. “Una zamba que me lastima cada vez que la canto ...”

*“Que mala será mi suerte
que sólo sabe pensar
cómo duele esta pena
de irme lejos de Tucumán”* (Adiós, Tucumán)

Su vocación y sensibilidad artística durante esos años de vagar por infinitos rincones de nuestra geografía norteña, da sus frutos. Numerosas canciones y coplas son testimonio de la traducción que Yupanqui supo hacer de ese mundo de historia simples pero de fuerte simbolismos, meditado con sabiduría llana y profunda. Un artista que va en la senda de expresar el misterio de la pampa, la selva y la montaña.

Sus creaciones, entre otras muchas, son: “Camino de los valles”, “Adiós, Tucumán”, “Aconquija Cerro”, “Palabritas i Dios”, “Piedras”, “Canciones de cuna”, “La añera”, “La pobrecita”, “Chilca Juliana”, “Criollitas santiagueñas”, esta última canción como referencia a su estancia en tierra de Santiago del Estero. “Allí, donde asomaron a la vida pública folclórica –expresa Atahualpa – los más diestros bailarines, las mejores tejedoras y curanderos, los afamados “compositores” de huesos rotos y los magos de la medicina quechua. Allí, en Santiago del Estero, pasaron su vida, entre el asombro respetuoso y supersticioso de la gentes, los domadores de tormentas mas afamado del Salado santiagueño”

Una semblanza de personajes, en nada envidiable a la mejor novela del “realismo mágico” sudamericano.

Atahualpa es amante de la lectura desde temprana edad. Muchos años después, estando en París, se explaya sobre esta afición. “Leo todo lo que produce García Márquez, de Vargas Llosa, de Neruda, de Cortazar. Leo todo lo que la gente escribe. Porque la gente escribe para que el mundo se entere, para comunicarse de una u otra manera. Algunos escriben mintiéndonos, otros aconsejándonos, otros clasificándonos. Entonces uno juega a la aventura de leer...” (Revista Gente)

En 1941, en la ciudad de Jujuy se publica su primer libro de poemas, “Piedra Sola”. Versos que escribe al llegar de un viaje a Chile donde había dado unos conciertos. En el país trasandino visita la casa de Neruda y entabla amistad con Nicolás Guillén. Luego le sigue otro libro de versos al que titula “Aires Indios”, editado en Montevideo en el año 1943. Sobre “Aire Indios” se dice en algún medio radial “...años de asombro ante el hombre del Noroeste argentino lo llevaron a Yupanqui a una dimensión honda y sentida del indio y su cultura”. En el desarrollo de la glosa del libro se destaca las palabras del autor “Yo soy la cordillera y el río, y el guanaco. Soy la tierra y el pajonal de oro. Y el maíz prodigioso y el cebadal azul”.

En “Aires Indios” Yupanqui demuestra una generosa obstinación en mostrar y reivindicar al indio.

A continuación vendrá la novela “Cerro Bayo”, publicada en el año 1947 y cuya trama servirá de argumento para la película “Horizonte de piedra” en donde hará su debut como actor de cine. Esa película obtiene el primer premio en el festival de cine de Karlovky-Vary en Checoslovaquia, en 1956.

En su libro “Tierra que anda ...”, Fernando Boasso escribe; “Cerro Bayo fue traducido al francés, al holandés y al japonés. La película en Buenos Aires también fue premiada ese mismo año. En particular, se premio a la mejor composición musical argentina ...”

En 1942, en una peña de Tucumán, conoce a “Nenette” con quién compartirá el resto de su vida. Circula una anécdota de cómo fue ese encuentro. Atahualpa sube al escenario a cantar, la joven Nenette estaba distraída con una amiga, hablando y riendo. Mortificado, la retó: “Haga silencio, niña”. La chica le hizo caso y se quedó con él los cincuenta años siguientes. Ella había nacido en la lejana isla de Terranova, en cuyas costas, intrépidos marineros vascos habían dejado sus huellas cuando se asentaron en remotos tiempos para dedicarse a la pesca del bacalao. Era tal la fama de los “arrantzales” vascos que incluso Colón al llegar por primera vez a costas americanas, parte de su tripulación estaba

compuesta por vascos pescadores, expertos marinos conocedores de esas lejanas latitudes, ignoradas en las mayorías de los mapas náuticos de época.

“Nenette” que ese era su apodo, realmente se llamaba Antonieta Paula Pépin Fitzpatrick. Su padre decide asentarse en Francia con su familia y ella, amante de la música, cursa estudios y recibe la doble medalla de oro en el Conservatorio Musical de Cannes, en piano y composición.

“Al tener su única hermana casada residente en Buenos Aires –nos relata Boasso en su libro- ella toma la decisión, en 1927, de ir a vivir a Argentina con su padre –su madre había fallecido años antes -. Regala su casa en Normandía, vende sus propiedades en París y embarcó para la Argentina, estableciéndose en Villa Ballester.....”

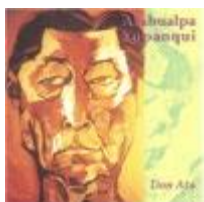
Antonieta Pépin tiene una sólida formación musical y es una excelente pianista. Ingresó en el Conservatorio nacional en el que obtuvo su diploma con renombrados maestros. “En sus primeros años ofreció numerosos y recitales en salas y radios, grabando algunos discos. En 1935, en Tucumán viaja con la Orquesta Filarmónica, donde conoce a Atahualpa” (“Tierra que anda ...”).

Ella se queda prendada de las melodías de Yupanqui y entabla amistad con el artista. Tiempo después, en un encuentro casual en la ciudad de Córdoba se enamoran, y desde 1946 dan inicio a una relación de pareja que se formalizan en casamiento en el año 1979. Fruto de esa relación es el nacimiento en 1947 de su hijo Roberto Héctor, el “Kolla”.

El amor de Yupanqui por Nenette es grande y tierno. En sus cartas la nombrará como “querida mamá”. “Leo tu carta Nenette y quiero decirte que no pienso tristemente en el porvenir. Ya volveré pronto para grabar mis músicas. Y te veré, levantada y amorosa, trabajadora y buena, como sé que eres. Y besaré tus ojos compañera de tantas horas lindas y tristes. Mi cariño, Ata”. (Del libro: “Cartas a Nenette -Atahualpa Yupanqui”).

José María Vélez de Mendizábal escribe en El alma vasca de Atahualpa Yupanqui: La pareja fue un nudo importante de creación artística ya que con la firma de “Paula Pepin” se ocultaba el nombre artístico de la mujer de Atahualpa ...Otras veces, la mujer utilizaba el pseudónimo “Pablo del Cerro” para publicar los poemas cantados por su marido. El porqué de la identidad anónima –se pregunta Vélez de Mendizábal – seguramente radicaba en la inflexibilidad folclórica argentina, y el matrimonio pensaba que el pueblo tardaría en perdonar a Yupanqui la colaboración que mantenía con una extranjera ...”

Lo cierto es que el seudónimo Pablo del Cerro lo adoptó Nenette al comenzar a publicar junto a Atahualpa. Pablo por Paula, precediendo el masculino y Cerro, porque vivían en Cerro Colorado. Su primera creación fue “Canción de cuna” (evocación del niño, esperanza de vida, inocencia y ternura de madre). Luego seguirá sus creaciones musicales a letras de Atahualpa, como “Indiecito dormido” o “El alazán”.



*“Oscuro lazo de niebla
te pialó junto al barranco
¿Cómo fue que no lo viste
qué estrella estabas buscando?”*

*“En el fondo del abismo
ni una voz para nombrarlo:
solito se fue muriendo,
mi caballo, mi caballo” (El alazán)*

EL COMPROMISO POLÍTICO

El compromiso del artista hacia su pueblo se ahonda, se hace cada vez mas sólido y comprometedor. Él conoce como nadie el sufrimiento callado del campesino o del indio explotado. Arrinconados en una marginalidad sin voz, en el olvido y la miseria.

“En mis venas de indios, vascos y gauchos tengo un mundo de paz y de combate. Determinan mis alegrías, mis sustos, acucian mi instinto de libertad”

En una entrevista dice lo siguiente:

“ ...Y yo no me callo. Cuando la casa va mal, yo no me callo. No sería auténtico si cantara solamente villancicos de Navidad. No puedo cantar solamente para un determinado sector. Canto para el pueblo ...los problemas de los peladores de caña, del arriero y del hachador de los montes ...en fin, tipos que tienen dos brazos y mucha hambre. Son dos millones. Son los que alimentan las guitarras paisanas, esas guitarras pobrecitas ...” (Revista Gente)

Su visión de la realidad argentina de entonces los conduce a afiliarse al Partido Comunista en el año 1947. Una decisión que le provocará duros avatares, tanto en su vida profesional como privada. Será censurado, prohibido y hasta torturado.

De esta dramática etapa de su vida tenemos el propio testimonio del artista: “La cosa duró nueve años. Por ejemplo, si alguien cantaba “Camino del indio” decían “de autor anónimo”...”

En el Payador Perseguido algunas coplas son elocuentes y fiel reflejo de su situación.

*“No me nombren que es pecao
y no comenten mis trinos
yo me voy con mi destino
pal lao donde el sol se pierde.
Tal vez algunos recuerden
Que aquí cantó un argentino”*

Hay una anécdota que pinta con cruda realidad la marginación oficial impuesta al artista. Así lo cuenta Yupanqui: “Sobre este asunto de la prohibición de nombrarme tengo una anécdota muy graciosa. Una vez llego en auto a Cruz del Eje (Córdoba) y me voy a un club a comer un asao con unos amigos. La gente me reconoció y me señalaba, pero yo me hacía el opa. Había una orquestita lugareña que tocaba tangos. Era esto en el año 1948. De repente tocaron “Viene clareando”, una zamba con versos míos y el locutor, vivo el hombre, pa no violar la ley dice: La zamba que hemos tocao pertenece a un autor anónimo que nos honra con su presencia”.

Una dura realidad que debe de sufrir el artista en aquellos años en su país. “La decisión de afiliarse al partido comunista, se sumo a las dificultades que tenia hasta entonces con las autoridades argentinas -primer gobierno de Perón-. (“El alma vasca de Atahualpa Yupanqui).

Años de tristeza y de injusta persecución, donde se hace presente, a pesar de quebrantos y dificultades, su ideario de libertad .

“La libertad es algo que el hombre lleva o debe llevar dentro de si. Si carece de este sentimiento, propio de los seres superiores, si no sabe disponer del libre albedrío que le otorgó Dios, será en vano que se esfuerce en combatir por los demás. Si no hay libertad de espíritu ¿a qué buscarla en los sistemas políticos? “ (Madrid 1968).

Atahualpa siente la libertad como un campo sin alambrado. Como la sentía el antiguo habitante de la pampa o el vasco en su conciencia. Porque el artista del pueblo callado lleva

en su sangre esa maravillosa mezcla de criollo, indio y vasco. Amor a la tierra que es sentimiento al pueblo que la habita, tal como lo expresa un viejo lema vasco: “Por la libertad de la patria, sea el pueblo libre”.

Hay unas cartas escritas, allá entre los años 1915 y 1917, en los pagos de Maipú, por quién fuera en vida, el estanciero vasco Domingo Aguirre, que pinta un exacto panorama de los sentimientos de aquellos inmigrantes euskaldunes ante la amplitud de la tierra americana que lo cobija generosamente. Cabal ejemplo de cómo puede haber influido en la conciencia de Yupanqui esa cuota de rebeldía e independencia, característica innata de aquellos habitantes que pueblan el viejo solar vascón, cuna de una de las más antiguas democracias del mundo, prototipo de la libertad individual impuesta de “abajo hacia arriba”, pero contenida irremediablemente en aquellos valles pirenaicos de espacios mezquinos.

“¡Qué formidable sensación de libertad debió de experimentar el vasco ante las primeras auroras que conoció en las salvajes tierras nuevas!. Es como un renacer a la vida en un quimérico país de ensueño, sin otro habitante que el propio protagonista, sus ovejas, sus perros y sus caballos, Goizeko Izarra que aparece por oriente, el vasco contemplándola, arrobada, de pie, sobre la pampa” (“Carta de tierra adentro” –José María Garcíarena)

Es la sangre criolla y la sangre vasca de Yupanqui en latidos rebeldes de denuncias de situaciones, de injusticias que no vienen llovidas del cielo, que exclama:



*“Yo tengo tantas hermanas
que no la puedo contar
y una novia muy hermosa
que se llama libertad”*

Nos dice Atahualpa; “Siempre he cantado canciones para el postergado. Desde chico me acuerdo de ese verso del “Martín Fierro” que dice: “Son campanas de palo las razones de los pobres”.

“Esas campanas de palo resonaron muy hondo en mi –puntualiza el artista trovador-, incluso cuando no tenía intenciones de grabar discos. Yo pensaba: `Pucha si pudiera crear un metal para yaparlo al palo y su pudiesen escuchar esas campanas. Las campanas de palos que agitan los pobres no tienen eco. Sólo otros pobres las escuchan”. (Revista Gente). Siempre tuvo Yupanqui esa idea que su canto “pa algo debe servir”.

*“Y aunque me quiten la vida
o engrillen mi libertad
y aunque chamusquen quizás
mi guitarra en los fogones
han de vivir mis canciones
en el alma de los demás”. (El Payador Perseguido)*

En “Los malditos de la historia argentina”, trabajo periodístico que rescata a aquellos argentinos olvidados por la “cultura oficial” de los gobiernos, se dice; “Algunas de sus coplas son ya clásicas y reaparecen espontáneamente en las bocas del pueblo, cuando aflora la injusticia social. “Las penas son de nosotros, las vaquitas son ajenas” o cuando se recuerda la historia enlutada de la Patria Grande: “caminos del indio, caminito que anduvo/ mi raza vieja/ antes que en la montaña la Pachamama se ensombreciera”. Pero también

cuando se yergue la esperanza; “despacio paisanito/ despacio y tenga fe/ que en la noche del minero/ ya comienza a amanecer”.

Atahualpa se llega a descarnar en algunas de su coplas más logradas. Es que don Ata no escribe para el pueblo ni por el pueblo, sino desde el pueblo, sintiendo el mismo como suyo la alegría, la tristeza, el dolor o la esperanza de sus paisanos.

*“Aunque canto en todo el rumbo
tengo un rumbo preferido
siempre canté estremecido
las penas del paisanaje
la explotación y el ultraje
de mis hermanos queridos”.*

La persecución a Atahualpa alcanza su punto más álgido cuando es llevado detenido a la seccional 2º de Capital Federal y torturado. Yupanqui recuerda ese dramático momento de este modo: “Me acusaban de todo, hasta del crimen de la semana que viene. Desde esa olvidable época tengo el índice de la mano derecha quebrado. Una vez me pusieron sobre mi mano una máquina de escribir y luego se sentaban arriba, otros saltaban. Buscaba deshacerme la mano pero no se percataron de un detalle: me dañaron la mano derecha y yo, para tocar la guitarra utilizo la izquierda. Todavía hoy, a varios años de este hecho, hay tonos como el Sí menor que me cuesta hacerlo. Los puedo ejecutar pero uso el oficio, la maña; ¡pero realmente me cuestan!”.

Muchas veces le fue recordado ese episodio, pero siempre le restó importancia. “Los rencores ensombrecen el alma. Yo prefiero no mirar hacia atrás y seguir trabajando en silencio. Intento no obstaculizar caminos, no poner sombras en los caminos de la vida”.

Hostigado por el gobierno peronista decide el matrimonio buscar cierto sosiego y tranquilidad. Toman la determinación de retirarse al norte de Córdoba, donde tienen una pequeña casa a la orilla de un arroyo, entre las últimas serranías cordobesas. El lugar se llama Cerro Colorado.

Se dice que la propiedad la recibe a cambio de sus coplas. Se ignora si fue de este modo, pero los lugareños del lugar afirman que esta historia, así contada, es como sucedió.

Yupanqui había acampado con sus amigos, los hermanos Gómez Molina a la vera del río Los Tartagos. El dueño de esas tierras, al ver la proximidad de una gran tormenta se acerca al llegar la noche para advertirles del peligro y ofrecerle su rancho.

Atahualpa cantó para los amigos, paisanos del lugar y para don Fustacio Herrera, el dueño del rancho. Lo hizo hasta el alba, y Herrera le dijo: “Usted ya no se va de acá”. Y le vendió doce metros por cinco centavos, precio simbólico que cerró el trato.

Durante casi veinte años, Yupanqui regresó esporádicamente a Cerro Colorado. Hasta que por las circunstancias mencionadas, decidió construir allí su casa, en medio del monte espeso. Levantó gruesas paredes de piedra y adobe y bautizó a su casa como “El silencio” y al pequeño aljibe “Agua escondida”. Se fue con sus libros, sus guitarras y sus discos, entre ellos, el tesoro más apreciado, la colección completa de Carlos Gardel. Llevó a su esposa Nenette y a su “Koyita”, su hijo. Y así, de este modo, buscó refugio y tranquila soledad.

De aquellas persecuciones que lastimaban el alma y del aislamiento en Cerro Colorado surgieron muchas de sus mejores canciones. Había encontrado un lugar donde “uno ya está aplastado por los misterios de la naturaleza y la música es un sostén, un eco reconfortante que se murmura así mismo, una armonía que surge de adentro de ella” así lo dió a entender Yupanqui al recordar aquellos tiempos en el paisaje aislado e íntimo de Cerro Colorado.

Víctor Pintos en una nota sobre Atahualpa Yupanqui, publicada en Página 12, (año 2000) comenta sobre la decisión del artista de refugiarse en ese lugar; “ En esos años difíciles su casa en Cerro Colorado se convirtió en un refugio seguro, tanto para él como para su mujer y su hijo más pequeño. A este lugar del norte cordobés, bello y misterioso por las milenarias pictografías que los indios sanavirones dejaron en su piedras, había llegado la familia ...con el tiempo se convertiría en su casa preferida ...”



*Casa de Don Ata
en Cerro Colorado*

*“Aquí canta un caminante
que muy mucho ha caminado
y ahora vive tranquilo
en el Cerro Colorado”*

*Caminiaga, Santa Elena,
El Churqui, Rayo Cortado.
No hay pago como mi pago
¡viva el Cerro Colorado!*

En 1949, con la ayuda del Partido Comunista viaja por primera vez a Europa. El tiempo del viaje es de alrededor de un año y será para el artista de vital importancia en su vida profesional. Fernando Boasso en “Tierra que anda” escribe:

“...En el año 1949, el partido comunista le programa una gira artística por los países socialistas. Recorrió Hungría, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria, pero no puede entrar a Rusia ...”

Sus convicciones políticas se verán resquebrajarse durante su estadía por aquellos países, que entonces eran llamados de la “Cortina de Hierro”. A punto tal llega su desánimo por el comunismo que en el año 1952 abandona el partido. La dolorosa burocratización estatal que palpó en el viaje y las propias desavenencias con la estructura local del partido comunista de Argentina hace que desista de proseguir con su afiliación.

Comenta Yupanqui en una entrevista sobre su renuncia:

“...Largué todo, me desafilié y es cuando mejor empecé a escribir canciones de estas que ahora llaman de “protesta”. Desde entonces, no tuve que escribir como autorizado o con el visto bueno del Partido ...” (La voz del interior, año 1983).

Su carta de renuncia al Partido Comunista la hace publicar en el diario La Prensa. Había llegado a la firme convicción de haberse equivocado de camino. Así lo da a entender en el “Payador Perseguido”

*“Pa que cambiaran las cosas
busqué rumbo y me perdí,
al tiempo, cuenta me di
y agarré por buen camino
¡Antes que nada, argentino
y a mi bandera segui”*

Otra declaración de Yupanqui, sobre esta cuestión, reafirma la postura asumida y su desacuerdo político con el comunismo. En esta ocasión frente a la periodista argentina Mona Moncalvillo:

“...A la Unión Soviética no pude ir ...no me dejaron entrar. Soy un individualista y ese es un sistema en el que el hombre y su opinión no cuentan. Yo soy hombre del pueblo y no necesito un carnet ...”. Lo deja en claro nuevamente en esta copla del Payador Perseguido:

*“El cantor debe ser libre
pa desarrollar su ciencia.
Sin buscar la conveniencia
Ni alistarse con padrinos.
De esos oscuros caminos
Yo ya tengo la experiencia”*

PARÍS CONOCE AL ARTISTA

Retomemos el tiempo cronológico de los hechos. Como decíamos, Atahualpa Yupanqui se encuentra en Europa. Es su primer viaje al viejo continente y después de su corta gira por los países socialistas recalca en Francia, ya para emprender su regreso a Argentina. Estando en París decide quedarse un cierto tiempo. Es que Atahualpa queda prendado de la “ciudad luz”, foco cultural y punto de encuentro de las más diversas vanguardias artísticas del momento. Esta determinación, junto con el azar, provocará que su carreta de cantor alcance un nivel internacional inusitado años más tarde.

Atahualpa llega a París y seguramente entabla algún tipo de contacto con determinados artistas vinculados al partido comunista francés. Sabemos que llega a conocer a Paúl Eluard, Aragón, Elsa Trioles, Pablo Picasso, entre otros. Precisamente, Picasso, el genial pintor malagueño lo escucha cantar, asombrado exclama: “¡Hombre, ojalá yo pintara con tanta verdad como tu cantas!

Es en casa de Paúl Eluard cuando la mítica cantante popular francesa, Edith Piaf conoce su arte.



Edith Piaf

“Queda deslumbrada. No podía permitir que el pueblo francés no conociese a ese artista que traía canciones y melodías hasta entonces nunca oídas en Francia. Le ofrece trabajar juntos. Ella haría la primera parte y el cerraría la función” (Tierra que anda ...)

Víctor Hugo Ghitta en su nota para La Nación, año 1992 describe de este modo la primera actuación de Yupanqui sobre un escenario de París.

“¡Voilà Yupanqui!. No hizo falta más que esa escueta introducción de la cantante francesa Edith Piaf. En el teatro Atenea se habrán

escuchado entonces los rumores de la noche pampeana, las voces secretas de los campesinos, los olores de los ambientes cerriles, el lamento milenar del indio. Apenas una voz habrá conseguido el milagro en esa sala parisiense, parte de un rito que después habría de repetirse en el mundo entero al ritmo de chacarera, una milonga sureña o un gato ...”

Lo cierto es que Atahualpa con 41 años comienza de un modo mágico un deslumbrante itinerario internacional exitoso, y así lo cuenta el artista al diario La Nación treinta años después.

“...El secretario de Edith Piaf me llamo a mi humilde hotelito donde ya pensaba abandonarlo para regresar a Argentina y me ofrece actuar en un recital junto a ella. Se me salía el corazón de alegría ...recuerdo que en París los carteles anunciaban “Edith Piaf cantará para ustedes y para Yupanqui”, Tuvo un gesto maravilloso. Estaba en la cima de su fama y quería compartir conmigo un espectáculo. Conmigo, que era un negrito que se escondía detrás de su guitarra. Debutamos el 6 de junio de 1950. Ella iba a cantar 12 canciones y cantó veintitrés. No la dejaban irse. Al concluir con su espléndida actuación, me agarró de la mano, le dijo al público: “Voilà Yupanqui” ...yo la miré desde otro mundo y empecé a interpretar mis zambas, mis milongas, mis vidalas ...”

La firma discográfica “Chaut do Moude” lo contrató y graba el disco “Minero soy” que obtiene el primer premio al mejor disco extranjero de la Academia Charles Gros. Tres años seguido obtuvo el mismo galardón.

Atrás, definitivamente atrás, quedaba flotando el preocupado consejo de su madre vasca al ver a su hijo enfrascado por dar a conocer la música desatendida y arrinconada de la tierra profunda. “Pobrecito mi hijo, eres un cantor de partes olvidadas. Todo lo que haces ya está

olvidado o se va a olvidar. ¿A quién le importa tus canciones? Pero tu seguirás, porque eres empinado, “porfiado como buen vasco”.

La consagración del artista emprende el rumbo alado del reconocimiento mundial. En ese mismo año da más de 60 recitales. La voz del paisano pobre, la del indio, las de los muchos abuelos de una Argentina sufriente logra tener resonancia en aquellos escenarios de una Europa asombrada por un arte musical desconocido. La tradición de un pueblo, la raíz folclórica, la auténtica y profunda, al que el artista sabe que se encuentra en el corazón de los muchos abuelos que pueblan y poblaron este suelo argentino.

“No solamente de los míos, del vasco o del criollo, sino del abuelo de muchas gentes, ese que se llama “Juan Pueblo ...” como daba a entender Yupanqui al referirse a lo que el consideraba la “genuina tradición de los pueblos”.

Finalizada su estadía en Francia regresa a Argentina en el año 1953. Quizás por los ecos de los éxitos cosechados en Europa o porque el gobierno peronista toma la decisión de aflojar la censura ante la pública renuncia de Yupanqui al partido comunista, lo cierto es que puede tener un periodo de actividad artística en el país. Buenos Aires capital y las ciudades del interior son visitadas por el artista. Los comentarios favorables a su arte proliferan en los distintos medios de comunicación.

“Tres veces por semana actúa Yupanqui en Radio Splendid. La crónica comenta: “Con gran satisfacción ha sido recibida la vuelta a los programas radiofónicos del extraordinario folclorista argentino Atahulpa Yupanqui, quien a los largo del presente mes ha brindado magníficas páginas de nuestro folclore...” (Tierra que anda ...).

Pero el país ha cambiado, las modificaciones en las estructura económica realizadas por el gobierno peronista causan una fuerte corriente inmigratoria interna hacia las grandes ciudades. La industrialización va formando una clase urbana obrera activa y con protagonismo social. Grandes áreas del interior se van despoblando y son palpables ciertas alteraciones en cuanto a hábitos y costumbres. Comienza a evidenciarse una masificación de gustos y modas propiciado por el fácil acceso de la población a los medios informativos de alcance nacional y a un mejor nivel de vida.

En un reportaje que le hace el diario Crítica en el año 1954, Atahualpa declara; “Nuestro país atraviesa una etapa fundamental: la industrialización. Un horizonte de chimeneas va invadiendo el paisaje natural. Transformación necesaria. A la que no podemos oponernos. Pero hay todavía una geografía vegetal y sentimental argentina. Hay árboles que merecen un canto. Yo aspiro a eso: a dejar, antes que todo desaparezca, el testimonio de lo que fue la Argentina pastoril, eglógica, y con ella, el nombre de ese paisaje”

La música nativa no es ajena a estos cambios. El folclore va teniendo cada vez mas espacio en los gustos de la gente, tanto en las grandes ciudades como en los pueblos del interior, y nuevos conjuntos y voces del cancionero popular ofrecerán un amplio abanico de interpretaciones, algunas de ellas de escasas realidad autóctona.

Al respecto, Diego Fischemman opina lo siguiente sobre la irrupción de esta corriente folclórica musical en el país: “Si en Brasil un movimiento cultural de características bastante similares al propulsado por poetas y músicos como Jaime Dávalo, Manuel Castilla y Eduardo Falú – y desarrollada casi al mismo tiempo, a partir de finales de los cincuenta-puso el acento en lo nuevo –Bossa Nova – en Argentina, estas creaciones únicas y maravillosas trataron de ocultar su novedad y se envistieron con los atributos de la historia y desde ya, de lo santificado ...” Y Diego Fischemman va más allá al puntualizar que “no se puede negar el profundo conocimiento de lo tradicional en el que se basó el arte de Yupanqui y de quiénes cultivaron esa tarea de recuperación, sino de poner en primer plano aquello que sus mismos artífices tendieron a esconder: la profunda originalidad”

Hay un interesante comentario periodístico publicado en un diario de Córdoba en 1955, que en cierta medida refleja esa transformación imperante en el ámbito de la música nativa y en las contradicciones y polémicas suscitadas en torno a ello. “En Atahualpa no vemos que exista una sola nota musical de mal gusto, toda su obra es primitiva y simpleese es el carácter más esencial de la música de Atahualpa Yupanqui: una profunda simplicidad ...”. Evidentemente, una opinión que nos revela una cierta división de gustos musicales dentro del ámbito de la música folclórica rural.

LA PATRIA INJUSTA

El triunfo de la llamada “Revolución Libertadora” con la caída del gobierno justicialista en 1955, el desmantelamiento del aparato peronista y el exilio de Perón hace presumir un retorno del artista no solo a los escenarios sino también a los estudios. Efectivamente, algo de eso sucede, y de aquel tiempo son sus creaciones musicales como “Lloran las ramas del viento”, “A qué le llaman distancias”, “La humilde”, “La estancia vieja” o “El aroma”.

No obstante la nueva coyuntura política surgida en la Argentina después de 1955 hace que lo más granado del conservadurismo criollo controle los hilos del país. Eso no le hará la vida fácil a Atahualpa. La mentalidad colonial y oligárquica de los miembros del poder no permitirá que el verso testimonial del artista llega fácilmente a su pueblo.

En “Los malditos de la historia argentina” leemos: “El concepto cultural, totalmente retrógrado, le cierra nuevamente el camino de los medios de difusión, destinados a distraer, a escamotear las grandes verdades, a descalificar la opinión popular. Precisamente por tener canto propio, Atahualpa Yupanqui no recibe el calor oficial de la aprobación, ni el acceso fácil a los medios masivos de comunicación ...”.

Por esta razón, en esos años lo encuentra muchas veces recluso en su casa de Cerro Colorado y sus actuaciones musicales vuelven a ser escasas. Las denuncias de injustas situaciones y de marginación duelen al poder. No sólo encontramos el rebelde testimonio en su coplas sino en las letras de sus obras literarias. Como en la novela Cerro Bayo, al poner en boca del indio Ismaco la triste situación del indígena argentino: “Es el destino que nos tiene así, acorralaos entre las piedras, olvidados por Dios. Nosotros, pa ande quiera que miremos ...siempre solos”. He aquí estos versos suyos:

*“De la cordillera vengo.
De la cordillera bajo.
Donde el cóndor tiene nido,
Donde corre el Viento Blanco.*

¡Mi vida es así!

*Trabajar con malas pagas
Por culpa de mi destino.
Toditos quieren golpiarme
Con las piegras del camino. (Cumbreña)*

“Por ello van los hombres y las mujeres hacia los cañaverales, a cambiar una canción por paludismo ...” Tremenda denuncia la de Yupanqui. La flecha lanzada al aire que da en el corazón desaprensivo del poder. En esa cultura oficial organizada para ocultar realidades que son ya históricas y dolorosa. Por ese camino pretende estar el poeta, convencido de la sabiduría popular, esa que no se nutre del último best-seller europeo, sino de las experiencias sufridas, de las duras vivencias en un país donde el hombre lucha, trabaja, ama y sueña en el desamparo y el dolor, donde la cultura para la mayoría del pueblo le es ajena o se organiza para ignorarlo y despreciarlo: “qué veneno tendrán las letras, señor que todo aquel que la aprende se vuelve contra nosotros” como decía el “escuchao” del los valles Calchaquíes.

En el año 1960 da a conocer su libro de poemas “Guitarra” donde queda plasmado su fiel amor por ese instrumento “espejo del alma y del paisaje”. En unos interesantes artículos del propio Atahualpa, escrito en Francia y publicado en la revista “Folklore” durante la década del '60, deja constancia que “ya no puedo vivir sin la guitarra”.

“La guitarra es como un extraño nido que suelta sus pájaros crepusculares cuando el aire se puebla de silencios y nostalgias. Andrés Segovia, prócer de la vihuela, dijo una vez que “la voz de la guitarra es escasa, pero llega lejos. Lejos ...hacia lo hondo”.

Atahualpa profundiza con sabio conocimiento del tema. “En nuestra amada tierra, los gauchos y paisano, en tres siglos, limaron con música de guitarras sus ásperas aristas. Hombres toscos, hechos a la ruda vida del campo, hombres a caballo, con una mar de gramillas y pastizales abajo, y un par de constelaciones allá arriba, vivía en soledad sin tener conciencia de ellapero llegó la guitarra milagrera y andariega, a los galpones de las estancias, y a las pulperías. Y la guitarra le reveló al paisano el panorama exacto de su soledad. Fue el espejo de su alma y su paisaje”

En las sierras, en la selva, en las hondas quebradas del Norte, la guitarra se desveló junto a las quenenas de kollas y mestizos, se hermanó con el charango, dialogó con el arpa junto a los anchos ríos, fue revelando mundos de soledad al paisanaje de los cuatros rumbos de la Patria.

En los comienzos del año 1963 Yupanqui emprende un largo y fructífero periplo por lejanos países. Su equipaje es la guitarra y las coplas de su tierra. Tendrá la oportunidad de actuar en distintos escenarios donde público de culturas, quizás muy distintas al artista, recibirá mensajes misteriosos del paisaje argentino y serán sensibles a los múltiples secretos de recónditas montañas andinas donde anidan imperceptibles variaciones del alma humana, igual que en la mítica pampa americana o en la selva impenetrable donde se guarecen los últimos seres fantásticos de la tierra en letras de leyendas antiquísimas.

Un viento antiguo, de sabiduría india en sangre criolla y vasca, peregrinará y hará nido en corazones permeables a este canto sencillo y simple pero sólido en la verdad y en lo auténtico. En la distancia y en escenarios, calles y aldeas de Colombia, Marrueco, Egipto, Israel e Italia, Atahualpa será consciente que su canto en coplas y versos, no tiene frontera como tampoco un definitivo origen telúrico. Los sufrimientos, pesares, soledades son esencia común en el alma de los pueblos, de igual manera, las alegrías, sueños y esperanzas de los seres anónimos.

“A los empresarios que lo contrataban les llamó la atención que los oyentes apenas leían los cuadernillos con las letras de las canciones traducidas que les entregaban a la entrada. Sin saber castellano, el público entendía perfectamente lo que el cantor recitaba” (Sandra Benavente –Biografía de Atahualpa Yupanqui)

Yupanqui dirá: “Soy feliz yendo por el mundo, resido donde anida la música. La música no tiene idioma”. Un viaje para el asombro y la contemplación. “De Japón me gusto mucho, hasta las aldeas mas desconocidas, es una maravilla el respeto que esas gentes tienen por las cosas de la cultura Conocí también Tierra Santa , es muy emocionante visitar esos lugares lleno de contenidos religioso e histórico, es como hacer una peregrinación a la propia alma, a los avatares más remotos ..También conocí el desierto, en Marruecos y Egipto y me estremecí ante el silencio total que nunca pude agregar a mi música”

Evidentemente, es una constante el tema del silencio en Yupanqui, como queda demostrado en este comentario suyo publicado en la revista Crisis, año 1975 que nos ilustra de esa obsesión por “hacer sonar el silencio”:

“Cuando yo era muchacho me pase años buscando un tono que tradujera el silencio, que cuando la gente lo oyera dijera: ¡ahí está el silencio! ...trabajé con las bordonas, con las

cuerdas gruesas, pero ¿cómo?: en tono mayor, en tono menor, con dos cuerdas, con tres, con una, en acorde, en arpeggio, una sola nota suelta, una nota larga, una redonda, imitando el violoncelo, no imitando nada ...casi me volví loco”

De regreso a la Argentina, da algunos pocos recitales y escribe su conocida autobiografía “El canto del viento” (1965). Recuerdos de infancia y juventud, evocación de sus recorridos por distintos lugares de su Patria, de sus personajes y músicos, relatos y poemas que logran sobrevolar todo este amplio panorama con una estética que podemos definirla e identificarla ya como “yupanquino”. “El canto del viento” nos adentrará en el universo maravilloso de Atahualpa, poblado de seres simples pero de un profundo saber, de paisajes que el autor logra describir con una pluma poética singular y libre. Un libro que tendrá la capacidad de definir rumbos y abrir sendas de vidas para quiénes quieran adentrarse en la música folclórica argentina. “Texto fundamental para comprender la mente de Atahualpa” de este modo lo cataloga Vélez de Mendizábal en su artículo “El alma vasca de Atahualpa Yupanqui”,

Por cierto hay una risueña anécdota ocurrida en la presentación de libro en Buenos Aires donde estaba Jorge Luis Borges. En la tertulia se tocó el tema de la amistad y cómo definirla, a la que don Ata supo decir lo siguiente: “Nadie ha definido a la amistad mejor que mi tío Gabriel, analfabeto de toda la vida. Le preguntamos una vez ¿Tío, que es un amigo?. Y nos respondió; Un amigo esuno mismo en otro pellejo”. Borges, quizás herido en su vanidad, se cuestiona “¿Cómo no se me ocurrió a mí algo así?, siendo la contestación de Yupanqui: ¿Sabe por qué?. Porque usted es un erudito, un sabio, pero no es un ciudadano, para ser ciudadano, hay que llevar el pueblo en el corazón”

En la Argentina del mediado de la década del '60 la situación política se agrava. El golpe militar de Juan Carlos Onganía da por tierra a la débil presidencia de Arturo Illia. Se da inicio a otra etapa negra en el país. Es prohibida toda actividad política y se implanta un severo mecanismo de censura y represión a toda manifestación cultural sin el visto bueno del gobierno. El arte de Yupanqui, con lógica militar represora, molesta y es cuestionado, ¿cómo no serlo!



*“Yo no canto a los tiranos
ni por orden del patrón
El pillo y el trapalón
Que se arregle por su lado
Con payadores comprados
y cantores de salón”*

Juan Carlos Onganía

EUROPA LO AMPARA

En el año 1967 parte nuevamente hacia Europa y hará de París su lugar de residencia. Antes de eso, recorrerá buena parte del estado español. Con el alejamiento de Yupanqui de su país comienza a gestarse la leyenda viva. La distancia permanente, de ahí en más, salvo ocasionales visitas a su patria, lo va a convertir en un mito, y será un contrasentido.

Porque como lo manifestó su hijo “El Kolla”, “...la realidad es que Atahualpa encontraba mas trabajo en el exterior que en su propio país. Mi padre levantaba en Europa sus compromisos para ver si podía venir a tocar a la Argentina y cuando llevaba semanas en el país y al ver que no era convocado a actuar caía en una cierta depresión, que sólo cesaba cuando retornaba a su casa en París”.

“Vivo en el mundo pero llevo al país adentro mío” eran sus palabras, justificando quizás la pregunta ¿Por qué París?. “Me voy y vengo ...me voy y vengo, porque soy un pájaro y no está bien que a un pájaro se le corten las alas. A lo mejor ése es mi destino, a lo mejor a mi me manda mi tierra, mi gente, mis abuelos y los abuelos de todos que nos andan galopando por la sangre ...”

Francia se convertirá para este trovador en una tierra generosa, acogedora y en donde, incluso su arte será patrimonio cultural del país. “Algunas de sus canciones serán incorporadas en los programas de estudios en institutos y colegios donde se enseñan literatura castellana. La gente lee sus coplas, las aprenden ...” (“Tierra que anda ...”).

Será también la capital parisina punto de salida para sus actuaciones por el mundo. Escenarios de Europa y de América contemplaran a un Atahualpa cada vez más grande y sabio. “Tengo a veces la impresión de haber caminado durante siglos, en todas las praderas y en todas las montañas del mundo” (El espectador –Colombia 1979)

*“Yo camino por el mundo
Soy pobre. No tengo nada
Sólo un corazón templado
y una pasión: la guitarra*

*Para rezar en las noches
la guitarra.
Para un recuerdo querido
la guitarra.
Para la patria lejana
la guitarra.*

*Para quemarme por dentro
la guitarra”. (Para rezar en la noche)*



París es para el artista su centro geográfico, el lugar para componer y reflexionar, pero también será París para la nostalgia. “Yo no pertenezco a París, yo soy de mi tierra, y siempre que puedo y me dejan, tengo que volver, necesito regar mi árbol. Yo en París sigo componiendo y componiendo cosas nuestras. Sigo hablando en paisano, sigo diciendo “haiga”. Así canto, así hablo, así lo siento. Pero a mi París no me va a cambiar ...por eso nunca he cantado en su idioma, aunque para todos los días debe manejarme con el francés ...”

En otra oportunidad dice: “Sí, yo canto en criollo y a mi me entienden igual. Toda verdad se entiende. A mi me bautizaron en latín y mi madre, vasca muy religiosa, no entendía el latín, pero igual ella iba a misa. Hay un sobreentendido ...cuando las cosas son expresiones de la verdad profunda dígalas en cualquier idioma que se van a entender igual” (Revista Gente).

Entre 1968 y 1980 Atahualpa Yupanqui hizo en París una importante cantidad de grabaciones supervisadas por Robert Prudon para el sello francés Le Chant du Monde. Esos discos cimentaron la popularidad y el reconocimiento que tuvo y tiene en Europa.

El “maestro” llenaba teatros, ahí donde iba con su guitarra vieja. Muchos aún lo recordaran de la manera habitual como hacía su entrada en escena. Subía solo, con ese aire de profeta cansado, colocaba una silla en el centro del escenario, como en su casa. Con esa sonrisa triste de viejo que ha visto pasar mucho agua bajo el puente de la vida. Dos o tres saluditos, un golpecito a la caja del instrumento y el silencio pedía permiso para entrar. Cantaba en su idioma gaucho ...hablaba un poquito, contaba algunas anécdotas con elegancia sabia y terminado el repertorio era el delirio.

De este modo lo recordaba el periodista Germán Arciniega en su nota publicada en La Nación: “La voz del argentino iba desgranando la vida de la pampa. Unos granos de libertad en la pampa solitaria. Como quien riega trigo. En las montañas de Cuyo, de Mendoza ...era una Argentina recóndita, lejana ...Y en el corazón de París la guitarra de Atahualpa hacia vibrar, estremecer a los estudiantes del Barrio latino, que se sentían envueltos por el polvo que arrancaban los caballos pamperos.

Se lo veía entrar en el escenario a Atahualpa y podría jurarse que acababa de entregar las riendas del caballo al mozo en la puerta trasera del teatro, con el poncho y el rebenque, deshaciéndose de las espuelas ...”

EL CRIOLLO Y EL VASCO

En los primeros años de la década del '70 se edita su libro "El Payador Perseguido", versos recopilados aproximadamente 15 años atrás y que saldrán con el título mencionado.

Muchas veces se lo ha catalogado a este libro como un producto dentro de una literatura menor. Nada más lejos de la verdad, por lo contrario y en lo esencial, esa obra es inmortal, porque sencillamente la canta y la silba el pueblo. Boasso en su libro sobre Atahualpa comenta: "El Payador Perseguido tiene la forma de un gran poema épico, relato igualmente autobiográfico (el payador perseguido es él mismo) expresándose en sextinas al modo de Martín Fierro. El corte de los versos es perfecto, al punto que nada sobra. No hay versos de relleno". (Tierra que anda ...)

Las coplas logradas por Atahualpa es fruto de su propia idiosincrasia gauchesca. No es una mera creación causada por la imaginación del autor. Nada de eso. No es una historia extraña, ambientada y recreada en situaciones no conocida por Yupanqui. Por el contrario, el relato en si evidencia un profundo conocimiento del "ser pampeano", del habitante de esta inmensa planicie, del carácter particular, de su filosofía frente a la vida y a las adversidades. Un empleo del lenguaje que fluyen naturalmente en coplas que habla de la tierra donde se vive, se sufre, se lucha y en donde la esperanza puede ser un sueño lejano y triste.

Del cabal estudio que posee Yupanqui del antaño hombre de la Pampa, son estos comentarios suyos: "El gaucho es un hombre reservado y discreto, somos tímidos y rescatados. La pampa está poblada por miles de solitarios. Me parece que la geografía nos hace así. Tenemos muchísimas tierras. Muchos campos abierto para estar en soledad. Por eso cantamos y componemos de este modo. No nos gustan las restricciones ni los sentimentalismos baratos ni las historias vulgares. Componemos los versos igual que usamos el lazo, libremente, sin miedo. Así nos explayamos en nuestras historias. Cuando un pampeano canta se toma su tiempo para relatar lo que le interesa porque no quiere que le pongan frenos ni fronteras"

Podemos ver, más allá de las diferencias geográficas, por cierto, muy notables entre el País Vasco montañoso y la pampa argentina, un paralelismo en cuanto a similitudes de caracteres del gaucho con el vasco. No por nada Atahualpa Yupanqui lleva esta cómoda mezcla de sangre criolla-vasca, para nada antagónica, que templan una forma de "ser y estar" en la vida.

Un medio ambiente, hostil y de peculiaridades difícil para la cómoda existencia, hará que tanto en el vasco como en el gaucho confluyan características comunes, algunas de ellas dignas de resaltar: el apego por la libertad y la lucha incluso por conseguirla y defenderla, la innata introspección de estos seres acostumbrados a la soledad, -la de la pampa y la de los recónditos valles pirenaicos- y el fuerte individualismo, que en ocasiones, está emparentado con un autoaislamiento propicio para la reflexión serena conducida en ocasiones en coplas o en versos íntimos, "que brotan del alma".

Al respecto será acertado recordar las palabras de Tomas de Otaegui en su obra "Derecho de gentes argentino" destacando que "las cualidades colectivas de los pueblos no son nunca producto de un espasmo, de una rápida aparición o creación, por el contrario son productos de la más o menos lenta evolución de las colectividades, de un proceso constructivo". Para, a continuación, concluir que "el atavismo, la tradición, los elementos psicológicos, las modalidades congénitas vascas, penetraron en el alma y modo de ser del pueblo al que llegaron, contribuyendo a modelar y perfilar el alma y genio argentino .."

En este sentido, y como claro aporte a esta cuestión, tenemos lo manifestado por José María Garciarena en su libro “Viejas cartas de tierra adentro”, al decir: “El vasco fue a la pampa. A ella fue sin más bagajes ni preparación que su instinto de campesino, su fortaleza física y moral, su inquebrantable voluntad de vencer y su innata adaptación a la soledad. Esta última particularidad le fue bien útil, por cierto, y cabe reflexionar un tanto acerca de ella. Provenían los inmigrantes vascos de caseríos aislados, el característico régimen de población de Euskadi que tan distintivo sello ha impreso en el alma de las gentes. El inmigrante vasco no pudo extrañar la soledad de la pampa que, aunque con modalidades diferentes debió recordarle la soledad de su tierra natal”

En otro pasaje del libro, Garciarena apunta a la fácil adaptación de aquellos vascos llegados en formas masiva en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, a las costumbres del campo pampeano. “Gaucho con gorra de vasco” como lo llega a definir.

“El inmigrante euskaldun pronto se acriolló, se agauchó. Hasta cambió en el exterior, en su indumentaria. Trocó las alpargatas por las botas de potro, guarnecidas de espuelas –casi siempre espuelas de “fierro”, de trabajo, aunque más tarde conoció las nazarenas de plata -; el pantalón por el “chiripá” y ciño a su cuello la golilla, el pañuelo, que desde entonces fue para el vasco, como ya lo era para el criollo, abrigo contra el frío, resguardo contra el calor y el polvo, protección contra el sereno de la noche, prenda de trabajo y de viaje, de lujo, de fiesta y de paseo y hasta divisa de credo partidario ...En su cabeza siempre conservó la boina y aunque ostentara amplio tirador tachonado de monedas sobre la faja, que junto con las demás piezas del ropaje criollo, probara su condición de hombre de campo ...”

Eduardo Amilcar Garay lo atestigua en “Temas Vascos –Euskal Saiak” al decir “Fue una permuta cultural, el vasco adoptó el “chiripá” y la bota de potro, haciéndose jinete. Pero aportó la boina (“txapela”, el mus, la faja, la bota para beber, la alpargata, la fonda, la pulpería y el frontón de pelota, que pasaron a convertirse en elementos tradicionales del campo argentino ...”

La fonda y el frontón, punto de encuentro y de tertulia, no sólo para los vascos dispersos por los campos en variados oficios, sino para los criollos, que se “arribaban al pueblo” con sus fletes y su guitarra para premiarse con un poco de alegría y algo de amistad.

Lo dice Atahualpa al recordar su niñez. “Aquella aldea donde vivía , con una estación de ferrocarril y ocho casas y diez ranchos, como Agustín Roca donde mi padre era empleado de ferrocarril. No tenía el pueblito casa de cultura, ni teatros, ni cine, lo que había era una cancha de pelota de unos vascos y allí cantaban aquellos paisanos, en el frontón. Cantaban de noche y se ponía linda la reunión ...”



*“Si alguien me dice señor,
agradezco el homenaje;
mas, soy gaucho entre el gauchaje
y soy nada entre los sabios.
Y son pa’ mi los agravios
Que le hacen al paisanaje.” (El Payador Perseguido)*

Atahualpa confió una vez “Yo como campesino respeto mucho la discreción. La aprendí de mi padre, de mi madre y de mi abuelo. Yo no soy descendiente de locutores ...”.

“Discreción, proverbial sinceridad, tenacidad, generosidad de espíritu y de sentimientos, pero también una cierta propensión a la violencia” de este modo José Luis Pinillos en “Los vascos y América” reflexiona sobre el carácter de los habitantes originarios de Euskal Herria y en donde se trasluce una reciprocidad con la idiosincrasia del hombre gaucho.

En el “Payador Perseguido” Yupanqui aborda en cierto modo esta punto.

*“Rara vez mata el paisano
porque ese instinto no tiene;
el duelo criollo se aviene
por no recular ni un tranco ...”*

La libertad, ese anhelo tan íntimo y acentuado en el vasco y el criollo. Lo exclama José María Salvatierra en su libro “Paisajes argentinos” al narrar la llegada de los inmigrantes vascos a las costas argentinas. ¡Tierra de promisión, la tierra soñada! ...acógenos con liberalidad. Que sea hospitalaria con nosotros, los desterrados del viejo mundo, que tu sol ilumine nuestros afanes. Que nos concedas la rica, la amada libertad”

En Don Ata vemos ese mismo sentimiento, el agudo sentido de la libertad a la que guarda celosamente. De este modo lo expresa Boasso en “Tierra que anda”

“La obra magistral , “El Payador Perseguido” constituye la protesta de un hombre libre, rebelde a lo que injustamente coarta esa libertad. “Siempre he sido así, galopador contra el viento ...Su milonga “Los hermanos” concluye así:

*“¡Yo tengo tantos hermanos
que no los puedo contar
y una novia muy hermosa
que se llama libertad!*

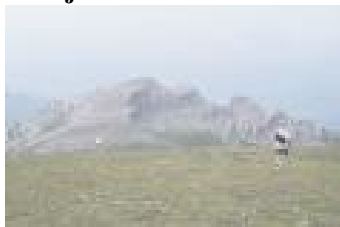
LA TIERRA VASCA

Atahualpa Yupanqui realiza algunas visitas al País Vasco. El impulso de su sangre vasca lo lleva hasta los Pirineos Occidentales, solar del pueblo mas antiguo de Europa, ahí, donde los vascos viven desde hace miles de años y al que llaman a esa tierra, Euskal Herria, la gran casa del pueblo euskaldun. Una pequeña geografía cuya extensión es de cierta similitud con la provincia argentina de Tucumán, aquella que constituyo “un camino de asombro” para el niño de la pampa bonaerense.

El “maestro” recorre la patria de su madre vasca. El hijo de Yupanqui, “El Kolla” nos comenta: “Mi padre sentía un profundo orgullo del lado vasco de su sangre y sentía en él las fuerzas de los buenos valores de este noble origen” y agrega Roberto Chavero, “Atahualpa estuvo en varias oportunidades en el País Vasco, no solamente para actuar, sino que era costumbre visitar lugares que eran de su interés sin darse a conocer. Del País Vasco hay fotos tomadas por un amigo suyo y hay cartas escritas desde allí”

Atahualpa recordaba que en un viaje por el norte cantábrico “atravesamos el País Vasco. Era pino, mar y monte, era la patria de mi madre y sentido por la emoción compuse unos versos que titulé “Madre Vasca”.

Paisaje vasco



*“Que nombre tendrán las piedras
que vieron caminar
a mi madre cuando niña
o pastorcilla quizás.*

*El árbol a cuya sombra
Descansó, donde estará:
Que bueno si lo encontrara
para rezar o llorar.*

*He de llegar un día
En tierra vasca a cantar
¡ay madre desde muy lejos
en mis coplas volverás!*

*Tu sangre dentro mis venas
Como un árbol crecerá
Y él viento, que es generoso
Su árbol me señalará*

*Que bueno si te encontrara
para rezar o llorar”.*

Yupanqui es querido en Euskal Herria, como queda registrado en el siguiente comentario plasmado en un breve artículo periodístico originario de Donibane-Lohizune (San Juan de Luz), del año 1978: “ A Atahualpa lo queremos, porque es querido el que viene con paso de hoja seca. Es bienvenido todo aquel que viene a romper de afuera el bloqueo cultural de años. Atahualpa Yupanqui es tan de casa como Lertxundi, Lete, Lupe, Knör, Iriondo -los nombrados son reconocidos cantautores vascos-“. A continuación el mencionado comentario nos da más detalles de la actuación de Yupanqui en Iparralde.

“Yupanqui es un hombre que habla de los pasos perdidos del Tucumán, con las piedras de los arroyos. Entre aplausos serios nos toca “Viene clareando”, “Piedra y camino”, “El arriero”...Y así, despacio, con la tranquilidad que le han dado los años, milongas, zambas, chacareras, vidalas, con estos tonos ha turbado al oyente vasco que se ha acercado a Donibane Lohitzun, el señor Héctor Roberto Chavero, conocido por todos como Atahualpa Yupanqui”.

En las cartas compiladas por Víctor Pintos en su libro “Atahualpa Yupanqui. Cartas a Nnette”. Hay varias referencias del artista sobre algunas de sus estadias en Euskal Herria. Una de ellas fechada en marzo de 1968 le dice a su esposa “...Hoy es lunes. El miércoles tocaré aquí en Sés, y volveré a París por dos días. Luego tendré diez días de vacaciones de Semana Santa, en que iré a Bilbao, pues tengo amigos allá, muy gentiles y caballeros, que han formado un Club de Amigos de Yupanqui. Pasaré, quizás, cuatro días en tierra vasca, y volveré luego a París ...”.

En otra, del mismo año, fechada en el mes de octubre, le comenta a Nnette su próxima actuación en Vizcaya “...Parece que en Bilbao hay gran expectativa por mi concierto. Estos vascos se sienten parientes míos, y me lo dicen de todas formas. Son un poco rebeldes, nacionalistas, y me decían en San Sebastián: mira tú, jamás verás un policía vasco. Lo tenemos como un gran deshonor serlo. Aquí en el País Vasco, los policías son gallegos, castellanos, andaluces, ¡pero vascos, ninguno!

En el año 1969, Atahualpa le comenta a su esposa, lo siguiente: “Es posible que vaya a Málaga, un poco por el sol, otro por un posible, casi seguro, debut en el teatro de Andalucía. Y luego sería Zaragoza, Pamplona, de ahí salieron los Chaveros, porque mi apellido paterno también es vasco, de Navarra ...”

Incluso, en dicho libro, hay una foto sacada en Algorta, (Bilbao), con el Mar Cantábrico como fondo, donde se ve a Atahualpa con su amigo Padulah.

Esa íntima y honda relación con la patria de su madre vasca, sus contactos y reiteradas visitas, dejan huellas en tierras de Euskal Herria y por extensión a ciertos ambientes de la canción vasca. Mikel Ezkerro llega a decir; “Atahualpa dejó su canto argentino en tierra vasca, como amante de la libertad. Un don universal para todos los hombres del mundo, tal como lo manifestó José María Iparragirre en el “Gernikako Arbola”.



Quizás, sin duda alguna, el que mas veces confeso la admiración sentida hacia el trovador argentino a sido el cantante y compositor vasco Mikel Laboa, (Donostia, 1934) considerado como el patriarca de la música vasca, cuyas composiciones, la mayor parte de ellas, son en lengua euskara.

Mikel Laboa

En una entrevista para Euskonew&Media y ante la pregunta de cómo había influenciado algunos intérpretes sudamericanos en el artista, Mikel Laboa responde lo siguiente:

“Hace casi 50 años, en la radio se escuchaban canciones como “La vaca lechera” o “Se va el caimán”. En 1955, un amigo me trajo de Burdeos un disco de Atahualpa Yupanqui ...y para mí fue un gran golpe.

Toqué con él en San Juan de Luz, hará unos 15 años, y la relación fue muy buena, porque fuimos la víspera y anduvimos juntos antes del concierto. Sin embargo, lo conocí la primera vez que vino a San Sebastián, y le expliqué que yo cantaba canciones tuyas. Nos arreglamos bien ...”.

Efectivamente, Mikel Laboa incorpora en su amplio repertorio canciones de Yupanqui, una de ellas “Piedra y camino” será la más emblemática de todas.

Al respecto, hay un nota titulada “Las voces que hacemos nuestras”, escrita en euskera, dónde se informa del recital del trovador argentino en tierras al norte del Bidasoa. “El recital que se ha celebrado en San Juan de Luz ha unido las voces de Mikel Laboa y Atahualpa Yupanqui. Con los años Laboa ha dado color a su repertorio, ha ido por caminos nuevos. A las canciones tradicionales con letras de Aresti a añadido unas muy distintas ...En cuanto Atahualpa ha empezado a sacar la guitarra, se ha emocionado la gente. Ha empezado su actuación cantando “Madre Vasca” con el tono de una conocida versión de Iparragirre. Atahualpa Yupanqui, la voz del pueblo argentino, anda lejos de la hipocresía. Es cierto que tenía madre vasca, como Doroteo Arango Aramburu, el llamado Pancho Villa de la revolución mexicana ...”.

EL RECONOCIMIENTO MERECIDO

Yupanqui en esa etapa de su vida tocó en los más importantes teatros de Europa, Estados Unidos y Latinoamérica, hizo extensas giras por Japón, grabó en Alemania, México, España, Colombia y Francia, fue aplaudido y admirado por universitarios, intelectuales, colegas suyos y también por gente sencilla. Así se fue haciendo grande y cada vez mas sabio.

Su hijo El Kolla dice: “Siempre tuve la impresión de que mi “viejo” había vivido mil años antes , solo así podía explicarse el caudal de experiencia”.

Se confiesa Atahualpa: “No miro mucho para atrás: he vivido cuarenta y cinco vidas en el tiempo de una sola, he pasado pobrezas, angustias, rebeliones, tristezas, humillaciones, olvidos, ingratitudes; yo mismo he sido ingrato y olvidador. Prefiero mirar para adelante. Porque detrás de mí lo único que he hecho es ir acumulando una serie de vivencias, de acontecimientos, de eso que la gente llama experiencia ...Yo tenía un amigo que decía: “hay dos clases de viejos -él era un hombre de canas y yo un mocoso de veinticinco años- aquel que pasó la vida acumulando experiencia y aquel otro que pasó la vida amontando zonceras y se cree que es experiencia” (Ernesto González Bermejo. Revista Crisis, septiembre de 1975).

Yupanqui nunca fue adinerado, tenía una vida austera por convicción y por necesidad. Sólo llegó a tener un departamento en Buenos Aires, la casa del Cerro Colorado y un viejo coche, un Citroen 2 CV. En París siempre alquiló. Era un solitario.

Una soledad en ocasiones impuesta por él mismo para tener la paz de la meditación y la reflexión serena de las cosas.

*“No se ve la Cruz del Sur
en las noches de tormentas;
hay que mirar dentro de uno
para encontrar a la huella”*

Dice en el “Canto del Viento”: “Los micrófonos amplían la voz, pero no la ahondan: la hondura está en el hombre, hondura del alma, del corazón”. El amplio conocimiento de la vida, la sabiduría de los cientos de caminos y senderos, del “trajinar país, de ser tierra que anda”. Lo expresa en “El Payador Perseguido”



*“La guitarra es palo hueco,
y pa tocar algo bueno,
el hombre debe estar lleno
de claridades internas.
¡Pa sembrar coplas eternas
la vida es buen terreno!”*

En 1967 obtiene el Premio del Festival de Cosquín, en la provincia de Córdoba, uno de los escenarios folclóricos más importante de Argentina, en 1968 y 1969 el Premio de la Academia Charles Gros de París al mejor disco extranjero.

De aquí en adelante el reconocimiento de su propio país, América y Europa se ve plasmado en una serie de premios y homenajes. El escenario del Festival Folclórico de Cosquín es bautizado con su nombre (1972). Es nombrado ciudadano ilustre en el estado de Veracruz, México (1973); es condecorado por el gobierno de Venezuela (1978); es nombrado

presidente Honorario de la Asociación de Trovadores de Medellín, Colombia (1979); recibe el Diploma de Honor del Consejo Interamericano de Música de la OEA (1983); recibe el Premio Konex de Platino como autor de folklore (1985); Premio “Caballero de las Artes y Letras” del Ministerio de Cultura de Francia (1986), distinción otorgada por la labor realizada a lo largo de 18 años de actuar y brindar su literatura al país galo; Doctor Honoris Causa en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina (1990); Ciudadano Ilustre de la ciudad de Buenos Aires (1991). Una breve pero ilustrativa reseña de los numerosos premios, distinciones y homenajes que el artista recibió en esos años. Por supuesto, la lista es mucho más extensa, pero creo que lo expuesto es por demás elocuente.

A cumplirse los doscientos años de la Revolución Francesa, el país galo pretende celebrarlo acorde a la importancia de tamaño acontecimiento. La Universidad de Nanterre, en las cercanías de París, conjuntamente con el Ministerio de Cultura, solicita a Yupanqui si quiere hacerse cargo de la literatura de una Cantata alusiva a la conmemoración de la Revolución de 1789. Según recordaba Atahualpa en una entrevista en un canal televisivo argentino sobre el asunto; “Me sentí abrumado, era mucha responsabilidad. Es que la universidad de Nanterre es un centro intelectual con gran influencia en toda Francia. El asunto era serio para este paisano”

Ante el dilema, el artista viaja a Argentina a meditarlo, a conversarlo con sus amigos. En unos días acepta el encargo, tomando la decisión de titular a la obra “La sagrada palabra,” Porque será un canto a la libertad, un homenaje a todos los pueblos sometidos que se liberan. En la musicalización está Juan José Mosalini y Enzo Gioco.

“Nosotros, los del cabello lacio y el rostro de bronce, los hijos de la pampa y la montaña, decimos gracias Francia, por señalar un día el camino de la libertad”, decía en un tramo del texto.

“Para mí hay una cosa que me sigue desde niño y a todas partes. Un símbolo muy importante, de vital importancia. El sentido de la libertad. Y la libertad es una palabra sagrada. Partiendo de ahí empecé a desarrollar el trabajo mediante versos libres”

Al respecto Yupanqui hace una reflexión contundente, de gran sabiduría. “¿Qué es la libertad, sino una criatura sublime que se va desarrollando en el alma de los que auténticamente quieren y lucha por la libertad?. En aquellos que tengan conciencia, coraje, valor y la necesidad vital para respirar la libertad. La libertad sin insolencia, la libertad infinita que perdona muchas cosas como tácitamente condena otras”

He aquí el poema:



Ata le dedicó una
Canción al Ché, titulada
“Nada más”

*“Antes que los hombres pronunciaran
la palabra sagrada,
ella habitaba donde el viento dormía.
El sol y los pájaros de un antiguo universo
conocían la existencia
de la palabra sagrada.*

*“Un día despertaron todos los vientos.
Nacieron todos los llantos,
Floreció la injusticia,
las diferencias,
la esclavitud y las sombras.*

*“Entonces todos los hombres buenos,
los rústicos,
los heroicos pensadores
de la vida
unieron su coraje
para llenar de luz
la sagrada palabra.
Recuperada y alta.
Más allá de todas las montañas.
¡Libertad!”*

LOS ÚLTIMOS AÑOS

Los años avanzan para don Ata y la melancolía comenzará a ser una amiga fiel. El alma del artista se va llenando de recuerdos que galopan por la huellas profundas de la vida. Larga existencia de caminos, pesares y soledad. Como muestra de ese estado anímico de Yupanqui, ya con ochentas años a la espalda, está el siguiente párrafo de una carta escrita desde París a su esposa, evocando a su madre vasca.

“Hoy 12 de octubre, estoy recordando desde ayer el adiós de mi Madre, doña Higinia, tenaz, contradictoria, desdichada y gran mujer, madre de este marido tuyo que tantas bofetadas del destino ha recibido, y lo que le espera todavía.

¿Qué será de la comprensión para los que juzgan sin cuartel?. ¿Adonde estará la paz?te bendigo Nenette”.

La salud se va resquebrajando. Durante una estadía en Argentina debe de ser hospitalizado al sufrir un ataque cardíaco en noviembre de 1988. Por suerte, a los pocos días se recupera luego de estar según dijo, “agonizando dulcemente”. Enseguida arma sus valijas y retorna al viejo continente a cumplir con una serie de actuaciones. En ese mismo año, rechaza la invitación en el homenaje que, por su ochenta años, se le tributó en el Teatro Colón de la capital argentina. “No puedo tocar en el mismo lugar donde tocó Andrés Segovia y menos con mis manos así, afectadas por la artrosis”.

Por rara coincidencia del destino, en noviembre del año siguiente, Atahualpa debió de ser nuevamente internado en Buenos Aires. Esta vez por su dolencia pulmonar. Otro problema derivado del edema que lo afectaba desde varios años. Son horas difíciles, pero se restablece.

Su esposa cae enferma y es internada en Buenos Aires. Atahualpa en la distancia muestra su preocupación en líneas escritas cargadas de angustia y resignación.

“Pienso en Nenette, sin salud, sola, y la bendigo. La vida tiene tales premios y tales castigos. No debo quejarme. Yo elegí el camino. La guitarra es más que símbolo. Todo lo dió, y su universo está, pleno todavía.

Si hay que viajar, ya estoy preparado. Te amo”.

El 14 de noviembre de 1990 ocurre la gran desdicha para el cansado corazón de don Ata. Muere su esposa en la capital argentina. Otras vez el fatídico mes de noviembre se encarga de traer la desgracia a la familia Chavero.

Después de la muerte de su compañera de cincuenta años de vida, este hijo de criollos y vascos, caballero de las Artes y de la Letras de Francia anticipa un adiós definitivo. De este modo se lo confiesa a su hijo Roberto: “Se que soy el próximo en partir al silencio. Ruego, espero, anhelo. Hasta pronto, hijo querido”.

El viejo trovador le sorprende la muerte en Nimes, Francia, el 23 de mayo de 1992. Tenía 84 años. Pocas horas antes había dicho que no estaba en condiciones de actuar en el recital al que había sido invitado y del que se retiró indispuesto.

Un periodista argentino estuvo allí para contarle y este es su relato de las últimas horas del maestro.

“Nada hacia presagiar semejante desenlace. Esa noche en Nimes, una ciudad de 28.000 habitantes, a unos 800 kilómetros de París estaba programado para actuar Don Ata, Los del Pueblo y Rubén Juárez. El lugar, un pequeño cine convertido en teatro-pub., se había llenado: 150 personas esperaban escuchar a los argentinos. Atahualpa se había sentado en la platea, flanqueado por dos colaboradores. El público aplaudió entusiasmado la presencia de Yupanqui. Éste se levanta de su asiento, saluda secamente, como diciendo basta ya. La sala enmudeció.



Al tocarle el turno para actuar, no lo hace. Había elegido irse de la sala, apoyado en su viejo bastón de madera y vestido humildemente. “Quiero respirar aire puro” se le escuchó decir antes que buscara la calle. Afuera, la llovizna hacía más intolerable la noche. Más tarde anunciaron que ya no volvería. “No tengo ánimo para hacerlo”, les había explicado a los organizadores.

Don Atahualpa recorrió a pie las pocas cuadras que lo separaban de su hotel. Allí, solo en su habitación, le terminó de fallar el corazón. Eran las 5,30 horas local. (Carlos Rodríguez –Clarín-).

EL FINAL



“Desearía que al lado de la tumba de cada poeta, en lugar de poner una cruz –símbolo al que respeto y que es siempre venerable- se plantara un árbol, para que el espíritu del difunto estuviera cerquita de algún pájaro que inevitablemente se pose en su copa y que de la mano del ave salga por las mañanas a volar”.

Roble plantado por Nnette (Cerro Colorado)

En una mañana invernal porteña cientos de seguidores del poeta que supo interpretar como nadie el sentir de la sabiduría popular, casi todos ellos de humildes condición, acompañaron a Don Ata en su camino final. Un numeroso grupo de chicos de una escuelita de los suburbios de Buenos Aires observaban entristecidos la escena. Ellos también fueron protagonistas de esta humilde ceremonia.

Depositado el féretro en el carro fúnebre partió hacia el cementerio donde iba a ser cremado el cadáver. Un coro de gente cantó, olvidando el silencio, con lágrimas en los ojos, “Luna Tucumana”. Una lluvia de claveles caían desde los balcones

Las cenizas, tuvieron como destino Cerro Colorado, al pie de un roble, como fue el deseo de Don Ata. ¡Qué mejor lugar para descansar eternamente, “pa’ irse” en silencio entre coplas de vientos y cantos de pájaros. En su rincón amado, refugio para las injusticias, cuna de inspiración telúrica, entre piquillines, tunales y pinturas rupestres, yacen las cenizas del que fuera el máximo exponente del canto popular de la tierra y el pueblo.

La frondosa copas del árbol se convierte en el último refugio de este payador perseguido. “Árbol que un día plantó Nnette”, como lo recuerda Roberto Chavero; “El árbol fue plantado por mi madre. Eligió el roble porque para los pueblos mas antiguos de Europa es un árbol sagrado, un símbolo de la libertad. Ella misma descendía en forma bastante directa de los primeros reyes de Francia, allá por el siglo VIII”

El mismo árbol sagrado que los vascos, pueblo tan antiguo como ningún otro en Europa, veneran aún hoy en día con la misma fuerza de siempre, en una villa vasca de nombre Guernica. Porque en ese mítico roble se representa la inveterada independencia de los vascos, se simbolizan los anhelos de la libertad milenaria.

En otro punto, muy distante de aquél, en una tierra que dio cobijo y amparo a miles y miles de euskaldunes, en el norte de la provincia de Córdoba, a la orilla de un humilde arroyito serrano, bajo otro roble, descansa para siempre quién de la libertad hizo un culto donde no cabía las claudicaciones ni el fingimiento. “Porque nada es casual en la existencia” como repetía Atahualpa.

El hijo de la tierra, el criollo argentino con sangre de vascos y de indios, el rebelde que se supo plantar frente a quiénes descalifican la dignidad y la libertad del hombre como valores supremos. El que supo ser el “galopador contra el viento”, la paz la encontró en Cerro Colorado. En la vida y en la muerte.

“Goian Bego” suelen expresar con sentido sentimiento los vascos como saludo de despedida a quién parte a “ser estrella en el cielo”, lugar donde la Madre Tierra cuelga las espuelas de todos los gauchos que desertaron de la vida.

“Otoiz bat eta gero arteak” –*una plegaria y hasta luego*-, una frase tan sentida en el corazón del pueblo vasco y que aparece esculpida en granítico a la entrada de más de un cementerio de la vieja tierra que llamamos Euskal Herria.

Adiós, hasta siempre maestro; don “Ata”. Eterno. El que tuvo un destino; empuñar la guitarra y dar a conocer el manso silencio de su gente. Y eso tuvo un precio, porque como dijo Suma Paz, la artista que siguió lealmente, silenciosamente por mas de cuarenta años la huella luminosa del poeta, “la carga de expresar a todo un pueblo mucho le ha costado al maestro. Pero su precio y su desvelo, estarán saldados cuando nos demos cuenta que allí, bajo un árbol solitario, juntos, acaso por primer vez y para siempre, estamos nosotros, los argentinos”.



Roble de Gernika
(Símbolo de las Libertades de la Nación Vasca)

FIN

BIBLIOGRAFÍA

- 1) BOASSO, FERNANDO. “Tierra que anda. Atahualpa Yupanqui, historia de un trovador”. Ediciones Corregidor, Bs. As. 1993.
- 2) GALASSO, NORBERTO. “Atahualpa Yupanqui, el canto de la Patria Profunda”. Ediciones del Pensamiento nacional. Colección Los Malditos. Ediciones Colihue, Bs. As. 1984.
- 3) YUPANQUI, ATAHUALPA. “El Payador Perseguido”. Compañía General Fabril. Editora Bs. As. 1972.
- 4) YUPANQUI, ATAHUALPA. “Aires Indios”. Ediciones Siglo veinte. Bs. As. 1985.
- 5) YUPANQUI, ATAHUALPA. “Cerro Bayo, vidas y costumbres montañosas”. Editores Peña, Del Giodice. Bs. As., 1953.
- 6) YUPANQUI, ATAHUALPA. « El Canto del Viento ». Ediciones Siglo veinte. Bs. As. 1988.
- 7) LUNA, FÉLIX. “Atahualpa Yupanqui”. Colección Los Juglares. Ediciones Jucar. Bs. As. 1974.
- 8) TCHERKASKI, JOSÉ . “Atahualpa Yupanqui-Cuchi Leguizamón”. Editorial Galerna. Bs. As. 1984.
- 9) PINTOS, VÍCTOR . “Atahualpa Yupanqui- Cartas a Nnette”. Editorial Sudamericana. Bs. As. 2001.
- 10) GARAY, EDUARDO AMILCAR. “Temas Vasco –Euskal Saiak”. Junín. (Pcia: Bs.As). 1999.
- 11) SARRAMONE, ALBERTO . “Los abuelos vascos en el Rió de la Plata”. Editorial Biblos. Azul. (Pcia: Bs. As), 1995.
- 12) GARCIARENA, JOSÉ MARIA. “Cartas de Tierra Adentro”. Editorial Vasca Ekin. Bs. As. 1977.
- 13) HOMENAJE PRO-INMIGRACIÓN VASCA EN ARGENTINA (1940). (Fuentes documentales). Editorial Txertoa. San Sebastián (País Vasco) 1988.
- 14) PORTARRICO, EMILIO PEDRO. “Diccionario Biográfico de la Música Popular de Raíz Folklórica”.
- 15) PELLEGRINO, GUILLERMO. “Las cuerdas vivas de América”. Ediciones Sudamérica. Bs. As. 2002

16) Reportajes y artículos periodísticos publicados en diarios y revistas: Clarín, La Nación, Página 12, Todo es Historia, Gente, La Opinión, Humor, El Cronista Comercial, Los Vascos-euskaldunak-, La Razón, Crítica. La Voz del Interior, El Espectador, Historia Visual de la Argentina, Folklore Argentino, Crisis, La Nueva Provincia.

17) Fuentes de Internet: Espacio Latino com -Vida de Atahualpa Yupanqui-. Euskonew&Media –El alma vasca de Atahualpa Yupanqui, nota de José Vélez de Mendizábal. El Portal del Folklore –País Adentro., etc.